

NIPPUR

DE LAGASH

UN DIVERTIDO
REGRESO A TEBAS

ROBIN WOOD
LUCHO OLIVERA
SERGIO MULKO
RICARDO VILLAGRÁN



50
ANIVERSARIO

Vol 9

**UN DIVERTIDO REGRESO A
TEBAS**

**DIEZ HOMBRES PASAN ANTE
UNA**

CABEZA MUERTA

NINARIM

MIS GLORIOSOS COMPAÑEROS

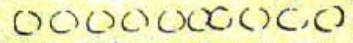
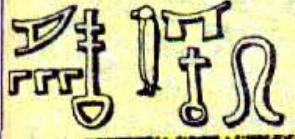
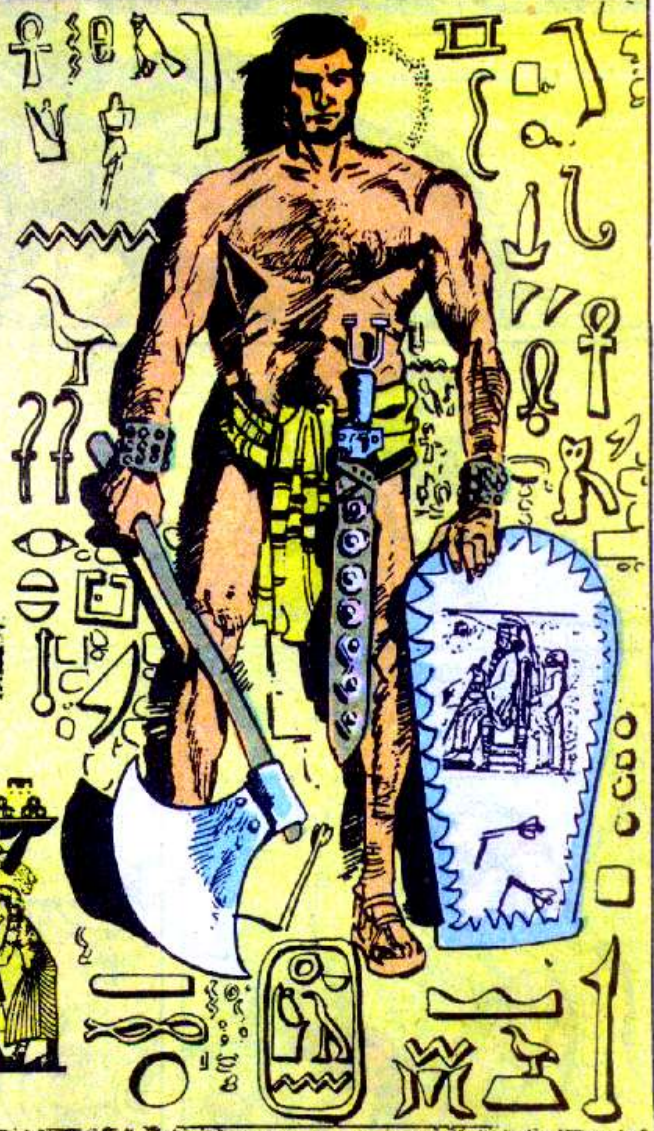
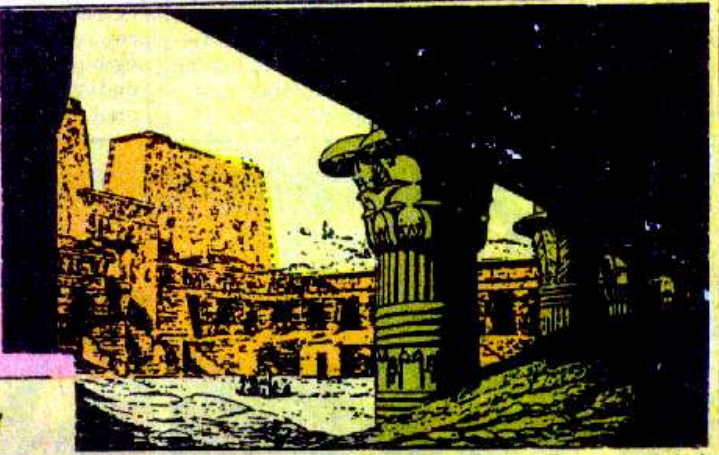
LA GRAN BATALLA

LA EPIDEMIA

LA RISA DE LA MUERTE

NIPPUR DE LAGASH

UN DIVERTIDO REGRESO A TEBAS



Dibujos de LUCHO OLIVERA

Poca distancia me separaba ya de Tebas. Regresaba de mi viaje con un sólido resultado. Las tribus guerreras de los hombres del fuego se habían unido a Egipto en la guerra con los hititas. Eso significaba miles de hombres capaces...



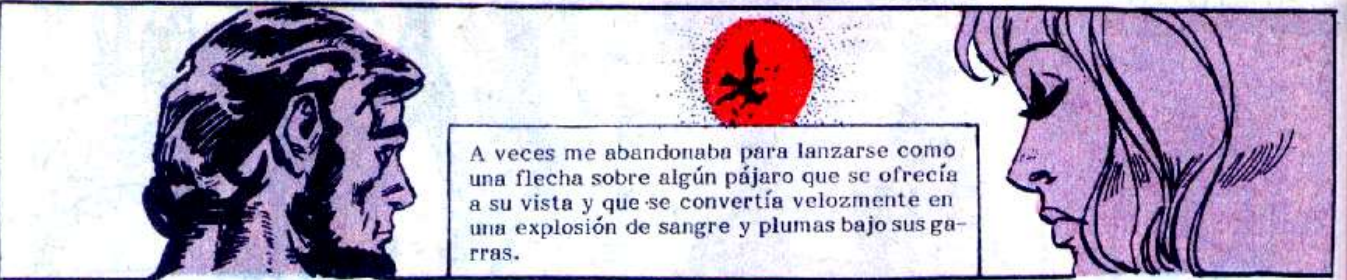
(Y buena falta me harán con este ejército egipcio que no sabe distinguir el cabo o la punta de una lanza.)



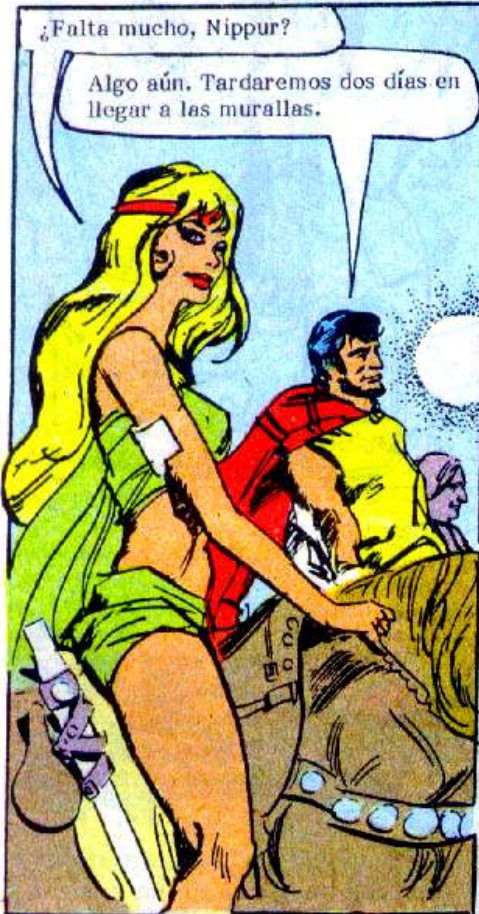
También llevaba conmigo a Nania, la hija del bandolero -cuyo cadáver se pudriría ahora entre los restos calcinados de su campamento- y a su vieja sirvienta, que no había dejado de farfullar protestas durante todo el camino.



Y sobre mi hombro iba Urum, poderosa y siniestra. A veces me acariciaba con el pico, caricia que nada tenía de suave. Un vínculo rápido había nacido entre el águila y yo.



A veces me abandonaba para lanzarse como una flecha sobre algún pájaro que se ofrecía a su vista y que se convertía velozmente en una explosión de sangre y plumas bajo sus garras.



¿Falta mucho, Nippur?

Algo aún. Tardaremos dos días en llegar a las murallas.



¿Seguimos en zona de peligro?

Sí. Hay demasiados fugitivos huyendo de los ejércitos que avanzan y la mayor parte de ellos se hacen de dinero y comida a punta de cuchillo.



¿Ves?



Urum graznó sordamente sobre mi hombro...

¿Qué? ¿Algo se acerca, hermano?



¡Eh, vosotros!

Era un joven elegante y simpático seguido de varios asnos cargados de bultos y con un sirviente con cara de sufrimiento que las arreaba.

¿Quién eres tú?



Me llamo Sinar el Joven y soy hijo de Sinar el Viejo, nieto de Sinar el Antiguo y...



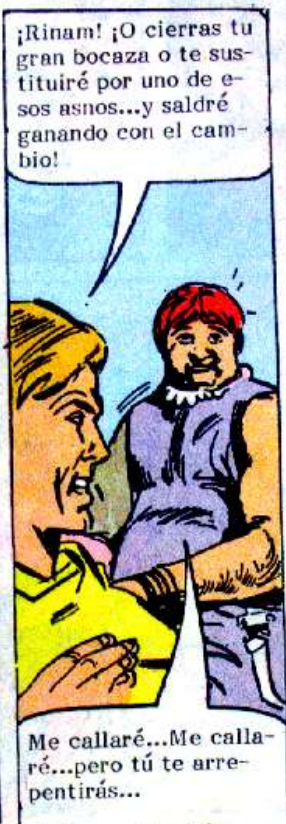
No me digas cuál era el nombre del padre de tu abuelo. Lo puedo imaginar perfectamente. ¿Qué haces por aquí?



Marcho a Tebas a casarme.



Oh, noble señor, mi amo es joven y se le ha metido en la cabeza esa espantosa idea y no hay quien se la saque. Tal vez tú, que tienes un rostro sabio y divertido, puedas aconsejarle...



¡Rinam! ¡O cierras tu gran boca o te sustituiré por uno de esos asnos...y saldré ganando con el cambio!

Me callaré...Me callaré...pero tú te arrepentirás...



Debes perdonar a Rinam, caballero. Lleva demasiados años sirviendo a nuestra familia y su insolencia es ilimitada. ¿Vas a Tebas?

En efecto. Será mejor que vayamos juntos. Cuantos más seamos, menos se atreverán los bandidos.



¡Ah! Esta dama es Nania, una protegida mía.

La miró con la perfecta estúpida mirada de un joven romántico que se encuentra ante unos ojos bonitos inesperadamente.



Los...los dioses te protejan, Ninia...

Ella parpadeó más de lo necesario, se ruborizó de pies a cabeza y contestó con un hilo de voz...



No es Ninia...Mi nombre es Nania...



(Bah. Jóvenes. Pura tontería.)

¿Así que piensas casarte en Tebas?

Así es. Conocí a una dama de la corte en uno de los viajes que hizo por el interior del país. Prometé ir a Tebas a pedir su mano...



¡Bah!

Parece que no te cae simpática la novia de tu amo, Rinam...

Bah. Ella no es más que una tonta pintarrajeada tratando de ser seductora. Buscaba un marido rico y encontró al imbécil de mi amo que, aunque buena persona, no es más que un joven asno.



Ella no se comprometió mucho. Ya conoces la técnica; medias palabras, suspiros y ya tienes al tonto metido de pies a cabeza en la trampa. Bah. Yo intenté todo lo posible para evitarlo. Aturdí tanto a su padre que al fin este le dio un garrotazo y lo autorizó a que se casara con tal que no lo molestara más.



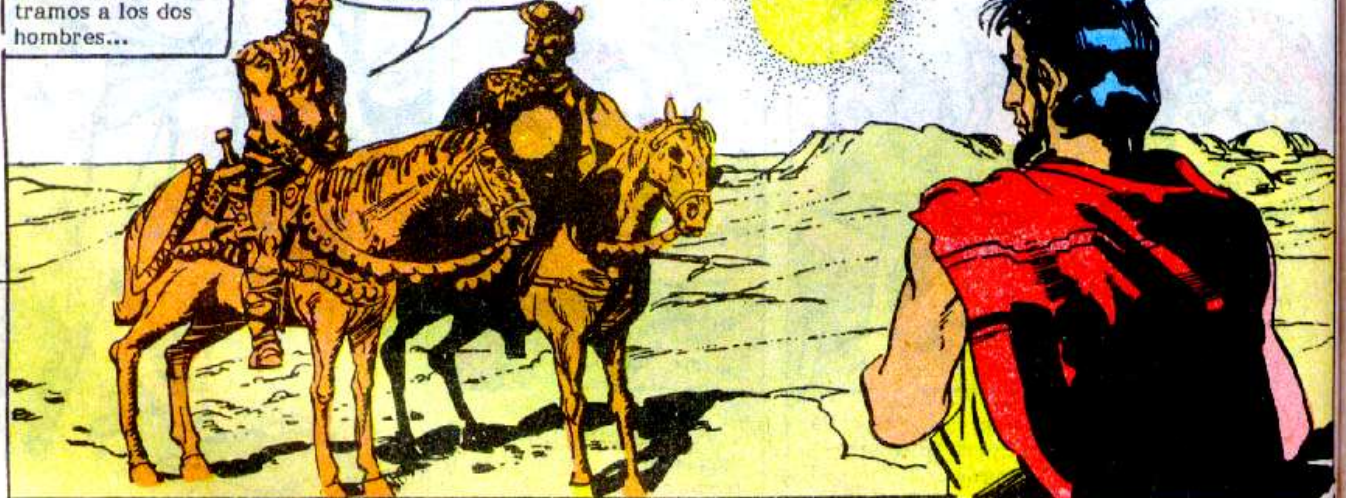
Así que ya ves...Allí vamos...

Y ahora te lo diré por última vez...¡Cierra la boca!



En la mañana siguiente encontramos a los dos hombres...

Los dioses sean con vosotros...



Tenían rostros canallescicos y brutales y llevaban muchas armas encima. Miraron las mulas y nuestros caballos...



Somos gente de Ampur...

Ampur, el bandido, ¿eh?



Digamos...el rey y faraón de estas tierras...por el derecho sagrado de la espada.

Y como todo rey, Ampur toma impuestos de todos aquellos que pasan. Y los que no pagan mueren.



Me haces temblar de miedo. ¿Por qué no ha venido aquí el bueno de Ampur a reclamar en persona su impuesto?



Ha venido. Ampur soy yo.



¿Y qué es lo que quieres?

Algo que hace mucha falta en mi campamento.



La muchacha.



¡Ahhh!

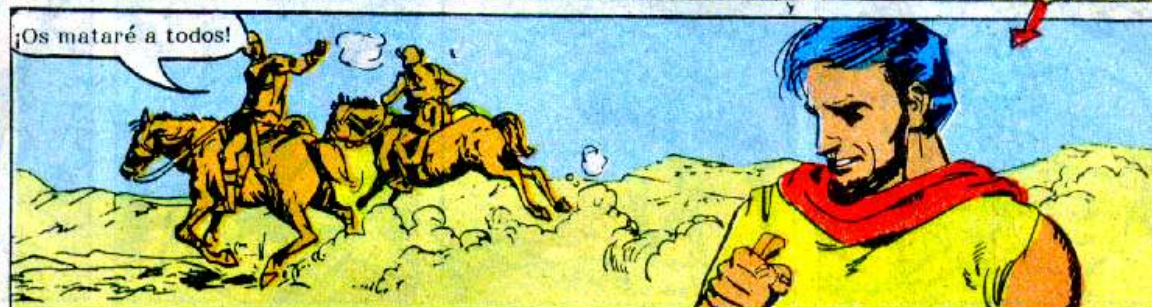


Fuera de aquí, perro. Si no desapareces de inmediato te arrancaré los intestinos y se los daré a los cerdos.



Te arrepentirás, mocoso. Acabas de condenarte a muerte y ella igual será mía.

Fuera, gusano.



¡Os mataré a todos!





¡A él, Urum!

Cruzó los aires como una flecha en línea recta hacia el jinete. Yo estaba curioso de ver cuán bueno había sido el adiestramiento que le dieran los hombres del fuego...



¡Ahhh!



¡Ahhhhh!

Me puse los dedos en la boca y lancé un agudísimo silbido...



Urum volvió a mi lado.



¡Brava bestia, noble señor!

¡Brava, realmente! ¡Ahora esos bandidos sabrán que no bromeamos!

Sí...y ellos tampoco bromearán, lo cual hará que este asunto se ponga más divertido aún.

¡Si es necesario moriremos peleando!



¡Oh, no! ¡No debes arriesgar tu vida!

¿Arriesgarla? ¿Por cuatro o cinco bandidos de poca monta?



Pues hasta ahora yo he contado casi quince.

Aunque fueran mil, ¡no tocarán a Nania!

Perdona que interrumpa tu orgía de coraje, Sinar, pero creo que es mejor que nos preparemos a acampar aquí.

¿Acampar? ¿Con los bandidos frente a nosotros?



Justamente porque están allí, mi querido amigo. Si nos ponemos a huir como locos reventaríamos nuestros caballos y nos alcanzarían con facilidad. No. Si hay que pelear prefiero elegir mi campo de batalla.



Y el lugar que me gusta son aquellas rocas. Vamos allá.



Ocultamos a las mujeres entre las rocas y...

¿Encendemos un fuego?

No. De lo contrario sus arqueros acribillarían nuestro refugio toda la noche con sus flechas.



Quédate con las mujeres y cuídalas, Sinar. Yo, con Rinam debo hacer algo.



¿Conmigo? Te advierto, noble señor, que mis reservas de coraje son muy limitadas.

No te preocupes. Estoy seguro de que bastarán. Necesitaremos algunas telas o trozos de cuero... ¿Tienes algo?



Sí... en los asnos.



En la noche nos deslizamos como serpientes, llevando anchas hojas de bronce y trozos de cuero y tela y numerosas varillas de madera...

No entiendo nada...



Cuando volvimos, agotados y polvorientos, casi de madrugada, el pobre Rinam había comprendido perfectamente mi plan, pero eso no servía de ningún consuelo a su cansancio.

¿Dónde está Sinar?



¡Shhh! No hagáis ruido. Acaba de dormirse.

Tierno. ¿No crees, Rinam?

¡Bah!





En la mañana siguiente, Sinar y yo nos adelantamos a pie y nos detuvimos a campo abierto. Clavamos un círculo de flechas a nuestro alrededor y esperamos con los arcos en las manos.



¡Es nuestra oportunidad, Ampur! ¡Están a pie!

Hmm: Eso es lo que no me gusta. ¿No nos habrán tendido una trampa?



¿Una trampa? ¿Tres hombres contra quince? ¡Son tontos, eso es todo!

Veremos.

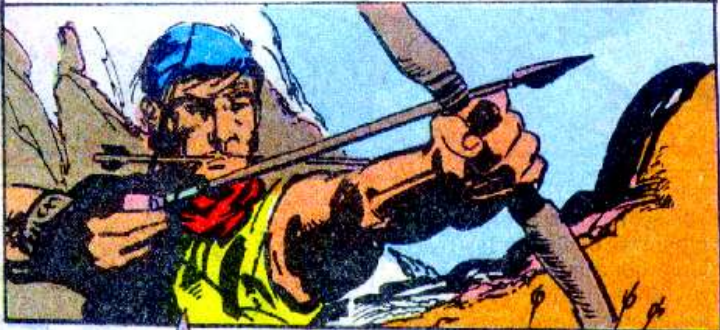


¡Adelante!



Allí vienen.

Allí venían. A galope tendido, con el vientre de los caballos rozando el suelo. Me coloqué una flecha entre los dientes y apunté con la otra...

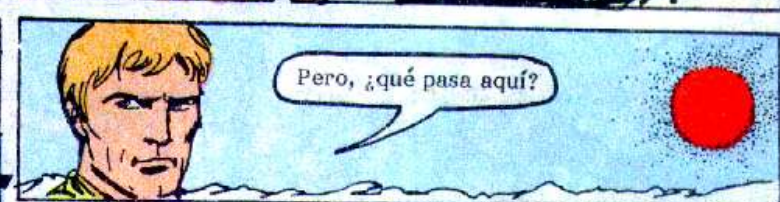
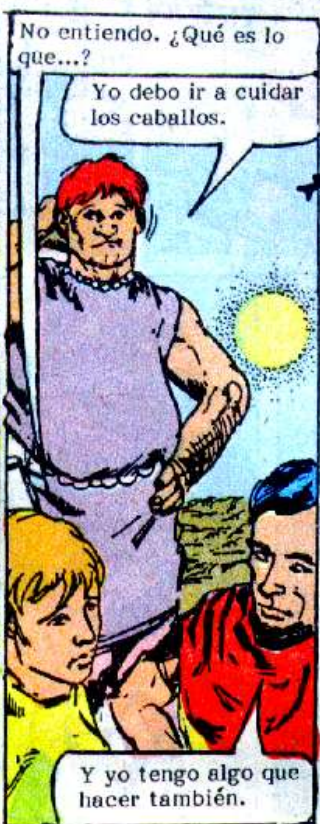
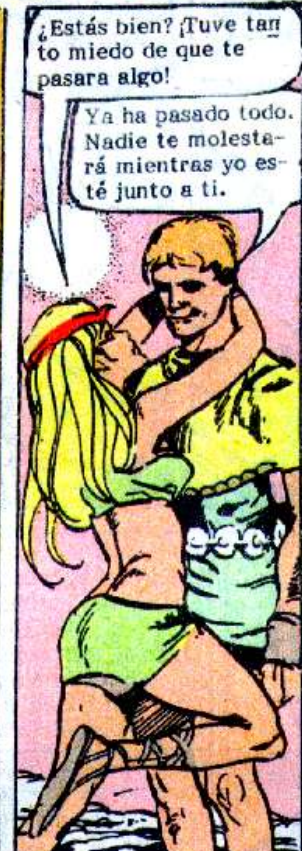
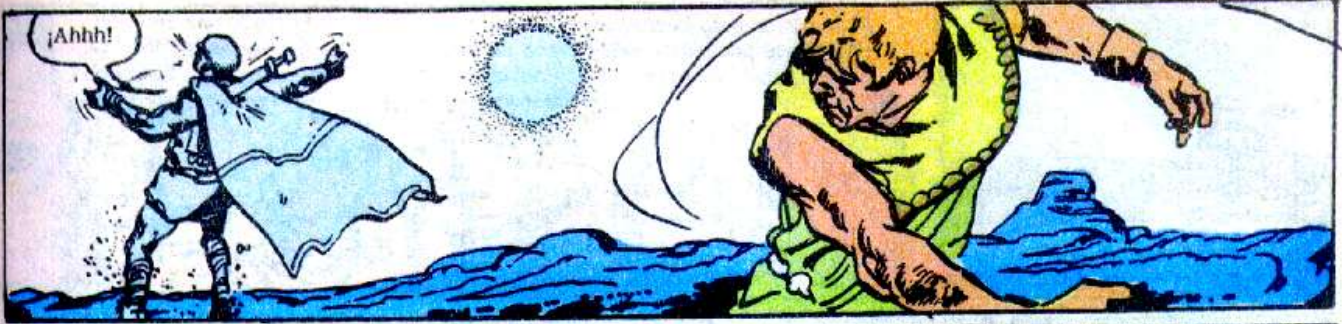


¡Ya los te...!



Y entonces encontraron los pozos que caváramos durante la noche disimulados con trozos de cuero y tejidos, cubiertos por una capa de tierra.





El resto del viaje transcurrió entre un silencio de muerte por parte de Nania, la más absoluta confusión por parte del infeliz Sinar, y una sana y práctica alegría entre Rinam y yo...



¿Y qué crees que estoy haciendo?



Llegamos muy borrachos a Tebas, cantando a grito pelado una canción bastante poco delicada acerca de la conducta de las viejas madres de las muchachas bonitas. Nos detuvimos junto al palacio real y bajé del caballo...

Bien...hip...Sinar...Hemos llegado al final del viaje y aquí tendrás que tomar una decisión.

¿Cuál?



O te casas con Nania o la dejas en el palacio...Decídetete.

¿Casarme con...?



Oye...¡No es mala idea!



¡Nunca! ¡Véte a buscar a tu bruja pintarrajeada! ¡Yo no voy a servir de caballo de recambio!



¿Qué hago, Nippur? Creo que ella no...

Hip...Dale una zurra...



¿Una zurra? Pero...

Es el mejor remedio del mundo para una mujer enamorada furiosa. Luego llorará veinte o treinta horas y todo estará bien...



Y ahora te dejo. Hay una mujer que me espera.



No estaba aún a cien pasos cuando oí el primer palmetazo y el primer chillido de Nania. Hipé y me detuve bajo las ventanas de Nofretamón. Como no podía tenerme muy derecho me senté con la espalda contra una de las palmeras del jardín.

¡Nofretamón! ¡Reina mía! ¡Sal para que la luna se over...iver... avergüence ante tu lle...bo... belleza...!



¡Nippur! ¡Has vuelto!



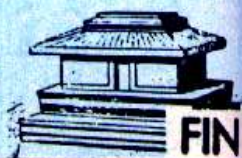
¡Nippur ha vuelto!



¡Nippur! ¡Creí que en estos días me...! ¿Nippur?



El muy puerco... ¡Está roncando!



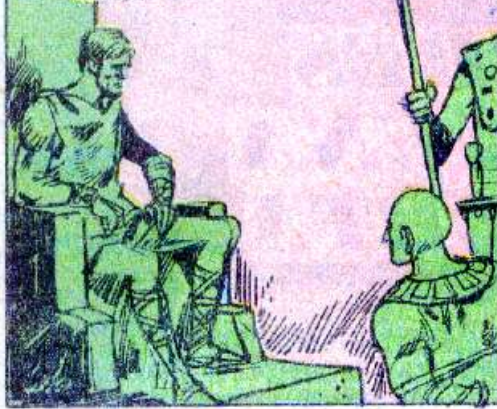
NIPPUR DE LAGASH

DIEZ HOMBRES PASAN ANTE UNA CABEZA MUERTA

Por ROBIN WOOD

El mensajero llegó esta mañana. Era un enviado de los Hombres del Fuego, mis hermanos de las montañas, esa tribu de sacerdotes-guerreros que vive entre las águilas y el cielo.

Yo me hallaba en el palacio real de Tebas oyendo las disculpas de un jefe de mi ejército egipcio.



Ha sido siempre derecho de los jefes de nuestras tropas el disponer del oro de los cofres. ¿De que puedes acusarme? No he hecho más de lo que siempre se ha hecho.



Tal vez, general, pero ahora es tiempo de guerra y hasta la última pieza de cobre del tesoro debe ser utilizada para comprar armas y soldados. En cambio...



En cambio tú enviaste oro fuera de Egipto y compraste un barco. Cargaste todo lo que hallaste en él. Ibas a huir al extranjero, ibas a huir de esta guerra que se avecina. Ibas a traicionarnos.



Y el castigo de la traición es uno solo cuando el hombre que lo comete es de tu rango.



La silueta enorme hizo retumbar las losas del palacio con sus pasos. Un resplandor de hielo escapó de su hacha.



¡No! ¡No puedes hacer eso...!



Llevalo afuera y ejecutadlo. Que su cabeza sea clavada en medio de Tebas como ejemplo.



¡Nooo! ¡Piedad!



Al apartarse el grupo que arrastraba al sollozante condenado vi al Hombre del Fuego, de pie, con los brazos cruzados.

Yo fui hacia él. Los Hombres del Fuego no conocen amos y se suenan las narices con los derechos divinos de todos los reyes de la tierra. Tal vez por ello los amo y los llevo en mi corazón.



Hermano, ¿vienes de las montañas, ¿verdad?

Sí, Nippur. Manam, nuestro padre me envía a verte. Mi nombre es Oras.



Un alarido llegó desde el exterior. El Hombre del Fuego giró su perfil de halcón en esa dirección y murmuró desdeñosamente.



Eso que muere allí, ¿es un hombre o una mujer?

Ni lo uno ni lo otro, hermano. Sólo un cobarde.

Y ahora habla. Supongo que si Manam te envía debes ser portador de un mensaje.



Sí. Ven al jardín.

Y ahora escucha bien, hermano.



He aquí el viejo camino de las Piedras Negras que cruza el desierto, lo rebasa y llega hasta el mar. Y aquí junto al mar la ciudad libre de Ramahl, donde fondean barcos de todas las tierras conocidas.

Y es por este camino por donde los hititas llevan su oro.



¿Su oro? Explícate.

Sabes que tenemos ojos y oídos en todas partes, hermano. Y por uno de ellos oímos de una caravana que se preparaba en la ciudad de los de Hattí. Una caravana muy especial.



Son cuatro carros de ruedas anchas donde han cargado casi todo el oro que han rapiñado en sus guerras. Un hombre llamado Missima es quien se ha encargado de todo.



¿Missima? ¿El hermoso Missima?

Sí. No hay hombre mejor, más valiente ni más astuto entre los hititas. Y su segundo es Nunuskar, el matador. Y entre ambos han elegido a los cien mejores soldados. Entre ellos, que son una raza de guerreros, puedes imaginar lo que significan sus cien mejores hombres.



Lo sé. Sigue.





Llevarán ese oro a Ramahl y allí lo entregarán.

¿A quién?



A Nannas, el comerciante.

¿Nannas? No sé quién es.

Nannas traerá carros de guerra, espadas, traerá corazas hechas con cuero macerado en veneno. Traerá todo aquello que los hititas necesitan. Los hititas se embobrecerán para conseguir esas armas. Es una aventura arriesgada.

La industria de los hititas es mala y el tiempo que necesitarían para preparar su arsenal sería largo. En cambio, de esta manera conseguirán todo lo que necesitan rápidamente.

Sí, hermano, pero así los hititas podrán atacar inmediatamente antes que tus ejércitos estén listos. Podrán sorprenderte mientras estás aún poniendo en pie de guerra a los tuyos. Perderán su oro... pero ganarán Egipto.



Pero se arruinan.



Y de Egipto sacarán mil veces más. El oro que entregarán a Nannas se multiplicará. ¿Ves dónde está su gran jugada?



¿Qué aconseja mi padre Manam, hermano?



Su mensaje dice: "no dejes llegar el oro".



Esa noche hablé con Nofretamon, la reina y su joven hermano Akhenamon, un adolescente bravo y alegre.

Prepararé un grupo de hombres y avanzaré hacia Ramahl. Estoy casi a la misma distancia que los hititas.



¿Los atacarás?

No, señora.

Cien hombres seleccionados entre los hititas significan mucho. De nada me sirve llevar una gran fuerza de hombres. Debería superarlos por veinte a uno pues tus soldados ni son profesionales ni están preparados y yo no podría moverme cómodamente con tal muchedumbre.



Buscaré entre los mercenarios que tienes contratados en tu ejército. La mayoría son carroña pero debe haber algunos buenos. Además ellos serán más sensibles al oro que al miedo que los hititas despiertan.



Y tú irás con ellos, ¿verdad?

Lo sabes bien, señora.



Ah, sí. No es fácil amarte, Nippur. Es como abrazar una antorcha. Tú nos consumes y te consumes a ti mismo.



Mi señora... Mi amor...



(¡Siempre lo mismo! ¡Se comienza a hablar de algo interesante y siempre mi hermana se pone tierna y yo tengo que irme!)



(Cuando sea grande prohibiré que las mujeres se mezclen en las conversaciones de los hombres.)

(Allí están todos holgazaneando, bebiendo, riendo... Los mercenarios. Todos aseguran ser profesionales y héroes. Algunos lo son.)



¡Eh, tú, general! He oído que buscas hombres selectos, ¿es verdad?

Sí.



No me sorprende que se sepa. Los ejércitos tienen algo en común con los corros de viejas mujeres. Todo se sabe.

Llévame a mí. No encontrarás hombre mejor en todo el ejército ni espada más veloz.

Ah.



Muéstrame lo rápido que eres.

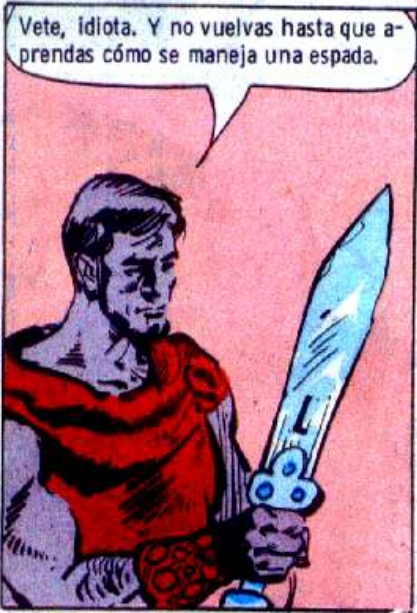
¡Seguro!



¡Mira cómo...!



Peró...



Vete, idiota. Y no vuelvas hasta que aprendas cómo se maneja una espada.



Una risa divertida me llamó la atención. Un hombre delgado, de ojos azules estaba sentado contra un árbol jugando con un puñado de manzanas. Me acerqué.



Pareces divertirte.

Claro que sí. ¿Tú no?



¿Puedes hacer algo mejor que él?

¿Te burlas? Hasta un ciego puede hacerlo mejor.



Toma. Tira hacia mí estas dos manzanas una detrás de otra.



Ahora.



No vi casi nada. Otra vez estaba relajado y sonriente y su espada envalnada.

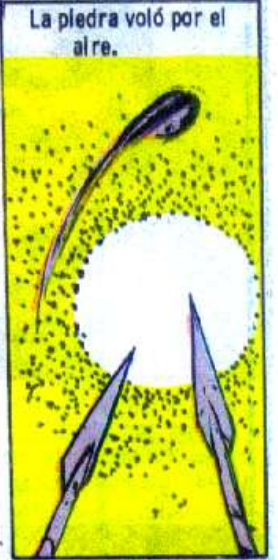
Puedo hacerlo mejor en otras ocasiones. Los hombres son más grandes que las manzanas.



¿Cuál es tu nombre?



Ninarim, pero todos me llaman 'la espada'.



La piedra voló por el aire.



¡CRA!

Mi nombre es Dardas y si me ofreces oro te sigo. No tengo más fortuna que mi vida y mis flechas y me gustaría agregar algo más.

¿Tú eres el que llaman "Antorcha"?

Yo soy. Juego con fuego y me bastan dos piedras para abrasar el mundo de los vivos y convertirlo en el mundo de los muertos.

Necesito un grupo de hombres valientes y locos. Hay un camino peligroso que recorrer y una montaña de oro en su extremo.

Voy contigo.

(Tengo cuatro hombres. Un religioso de la guerra, una espada, una flecha y el fuego. ¿Qué necesitare ahora?)

Una voz rabiosa me llamó la atención.

(¿Qué pasa allí?)

¡Me has estafado! ¡El remedio que me vendiste no era más que agua sucia! ¡Esto te costará la vida!

Calma. Calma.

¿Calma? ¡Mira este cuchillo que te...!

Ten cuidado con lo que haces. Mis hombres te atravesarán con sus flechas si te atreves a moverte.

¿Tus hombres?

Míralos. Allí están... en las murallas.

Este...

Deja tu arma, amigo... y deja tu bolsa, y lárgate o te encontrarás con algo entre tus huesos y tu carne.



Hmmm. No tenía gran cosa.



¿Y no dirás a tus hombres que bajen?

Ah. Salve, Nippur. ¿Qué hombres?



Pues... aquéllos.

¿Aquéllos? Ni sé quiénes son...



Di me, amigo. ¿Te interesaría una aventura por oro?

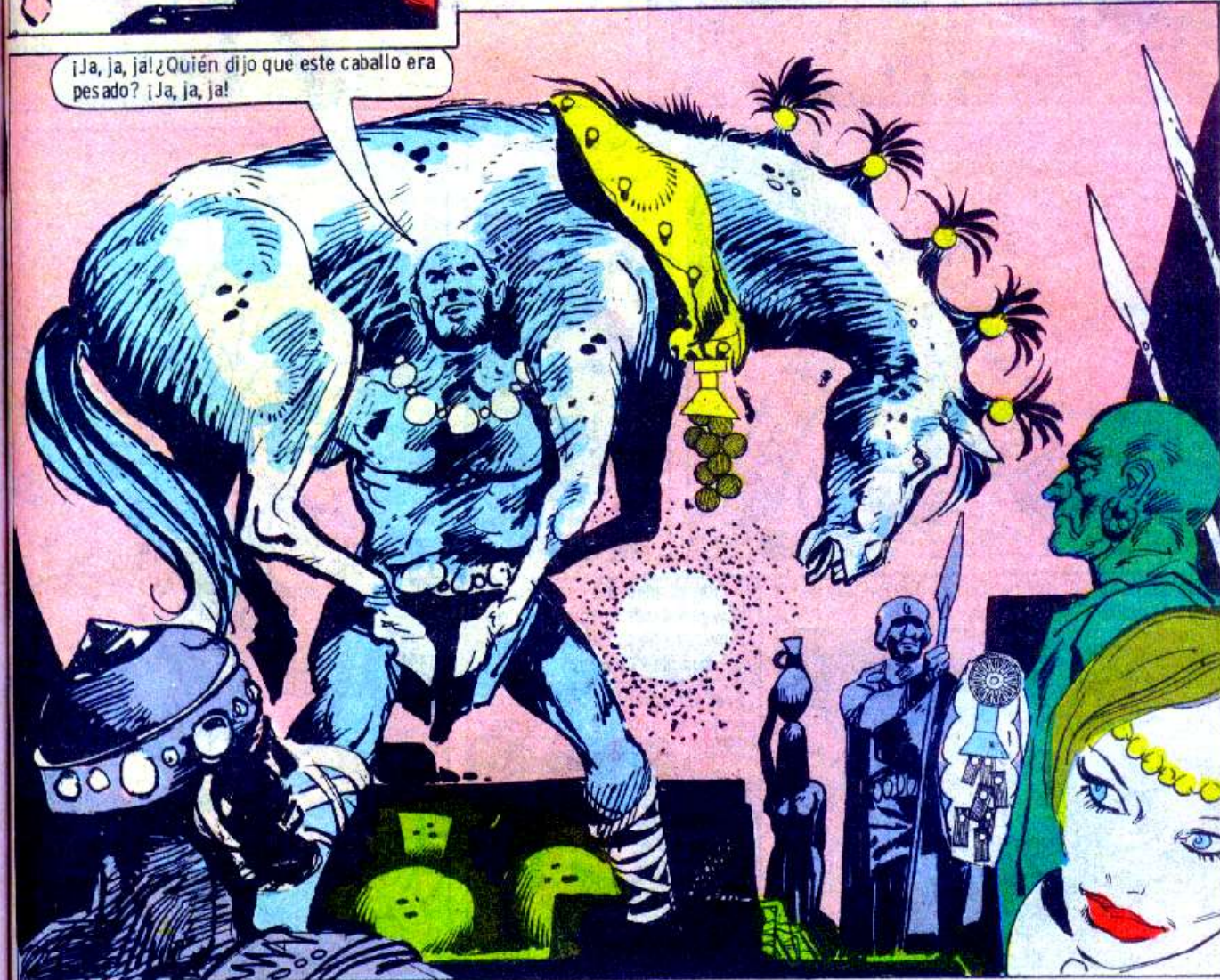
¿Oro? Mi nombre es Taxos y el oro es mi amor.



¿Cuántos hombres necesitas?

No muchos. ¿Puedes recomendarme alguno?

Sí. A Runas.



¡Ja, ja, ja! ¿Quién dijo que este caballo era pesado? ¡Ja, ja, ja!

¿Ei?

Sí. Corre tan ligero como un gamo y su fuerza es colosal. No es tonto. El oro no le gusta pero ama la guerra y odia a los hititas. Yo le hablaré. Es mi amigo.

(La espada, la flecha, el fuego, la astucia, el músculo...)

¡Eso que dices es imposible!

¿Apuestas?

¡Aquí tienes!

De acuerdo.

¿De qué se trata?

Es Kinaminas, el hombre sin huesos otra vez con una de sus jugarretas. Es divertido.

¿Listo?

Listo.

¡Ja, ja, ja! ¿Así que era imposible?

¡No te rías de mí, perro!

¡Ahhh!

¡Ja, ja, ja! ¡Este hombrechillo tan terrible me ha devuelto el buen humor!

Un joven malévolo con una honda atada al alrededor de la cabeza a la manera de los pastores helenos alzó la voz.

¿Eres tan bueno peleando como corriendo, hombre sin huesos?



Un cuchillo brilló en la mano del extraño gigante escaúlido.



Pero el joven lanzó una carcajada.



¡Me basta esto!



¡Ahhh!



¡Y aquí va otra para...!



El jovencuelo balanceó suavemente su mortífera honda y me miró especulativamente. También el hombre sin huesos se mantenía inmóvil.



Dos días después salíamos de Tebas. No me volví hacia el palacio envuelto en la bruma de la mañana. A mi derecha cabalgaba Oras, el Hombre del Fuego.



Detrás venían los mercenarios, amodorrados en su silencio y en el resonar de los cascos de los caballos. Espadas, lanzas y flechas. Sobre mi hombro, el águila sacudía las alas presintiendo la salida del sol.



Mira, Níppur.



Todos nos detuvimos en silencio. Taxos, el astuto..., Kinaminas, el hombre sin huesos..., Runas, el gigante...



... "Antorcha", el hombre que amaba el fuego y la muerte..., Dardas, el arquero..., Ninarim, el que sabía hacer cantar a las espadas..., Numar, el hondero.

Quedamos en silencio. Y de pronto advertí un nuevo jinete que se había sumado a nosotros. Me volví hacia él.

Akhenamon, príncipe de Egipto, ¿qué haces aquí?

De antemano te digo que no me harás desistir de mi idea. Voy contigo. Se lo dije a mi hermana y ella lo aprobó.



Medité un momento. Nos habíamos detenido en la plaza frente al templo de Amón...



... y allí en el centro vi la cabeza del general ejecutado que me miraba con sus ojos muertos.

El sol se levantó sobre la bruma y sus rayos me hicieron parpadear.

Vamos.



Nos alejamos hacia el sol amarillo, en un mundo amarillo que nació en el nuevo día. Se oía la frescura del rocío y el viento cantaba entre los papiros y las palmeras.

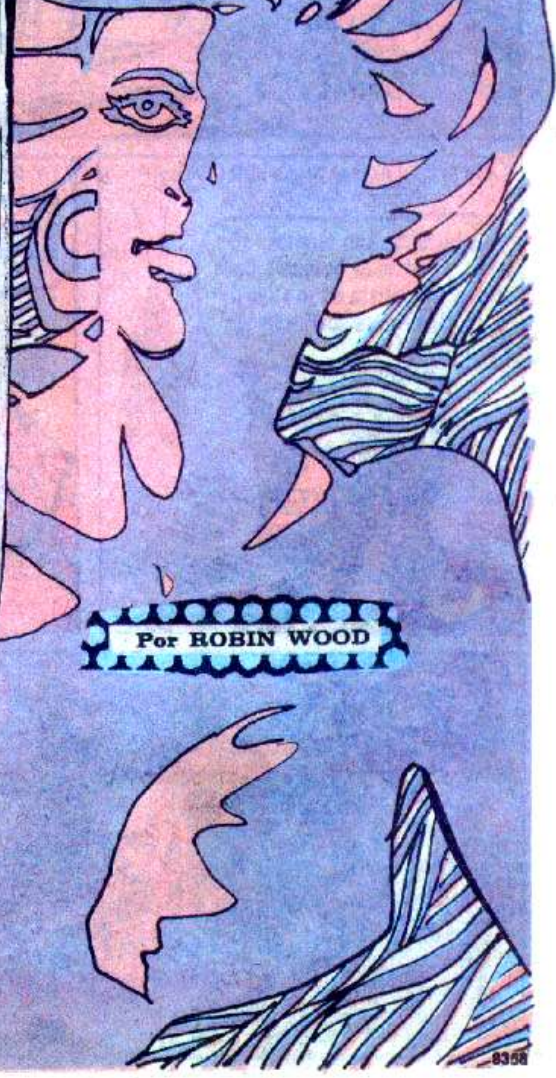
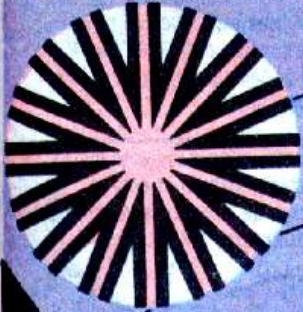
Los ojos muertos de la cabeza clavada en la plaza, maloliente carroña, nos vieron pasar.



FIN

NIPPUR DE LAGASH

NINARIM



Por ROBIN WOOD

Dibujos de MULKO



El camino de las Piedras Negras es una maldición de rocas duras y afiladas, de matorrales espinosos y de vientos helados o ardientes según sea de noche o de día. El sol cae a plomo y calcina todo aquello que viva o respire. Sólo víboras y escorpiones viven allí.



Y por él me dirigía yo hacia las costas del mar lejano, frente a los nueve hombres que componían mi grupo. Ocho extraños mercenarios y un príncipe egipcio que nos acompañaba para acabar con su infancia.



Por otro camino, del otro lado de este mismo desierto maldito había una caravana que avanzaba también hacia el mar. Una caravana de cuatro carros de oro y una guardia compuesta de los cien mejores guerreros hititas, los hijos de la muerte.



Y esa era mi presa, presa difícil y codiciable.

(Mis hombres son buenos, sí, pero... ¿cómo de buenos? Cada uno es un artista en lo suyo pero, ¿cómo se desempeñarán todos juntos?)



(Y mi autoridad... Debo hacerles comprender que todo depende de mí... incluso sus vidas. Se lo debo meter en la cabeza aunque para ello haga falta cortar una...)



(Esta noche...)



Y esa noche...

Todos conocéis lo que nos espera. Cien matadores y el oro. No será fácil pero debemos intentarlo y para ello debemos aceptar una cosa.



Yo soy la autoridad.



¿Por qué tú, hombre de Lagash?
¿Acaso eres mejor que nosotros?



Sé que mi condición de general no los impresiona. Kinamínas, el hombre sin-huesos, me mira sonriendo burlescamente. No hay hombre en el mundo que pueda igualar su agilidad de lagarto. Le sonrío...

Kinamínas, yo no seré el mejor, pero...



Se ha confiado en mi sonrisa y ha creído que sólo estoy lleno de palabras. De pronto...

Pero...



Lo golpeo con todas mis fuerzas. Con estos hombres no se puede ser blando y además no quiero serlo.

¡Ahhh!



Le apoyo mi cuchillo contra la garganta con tal rabia que la sangre corre por su piel.

Por esto me obedecerás, Kinamínas. No porque yo sea el mejor entre vosotros sino porque yo soy el peor. ¿me oyes?



¿Me oyes, perro? ¿Contesta o te dejaré aquí, sentado con la cabeza entre las rodillas...!



Piedad...



¿Hay algún otro que quiera discutir mi autoridad?



Sí. Casi todos ellos. Nímar, el diabólico hendedor se comienza a incorporar mientras su mano se extiende hacia la honda que tiene junto a sus pies.

Tal vez...



Quieto. Basta de tonterías. No es peleando entre nosotros como ganaremos el oro.



Ninarim tiene un peso fatal en sus palabras. Entre esos hombres-fieras el espadachín los impresiona con su frialdad mortal. Ninguno quiere medirse con él.

Si hay otro que quiera luchar con Nippur también deberá hacerlo conmigo. Su palabra es la mía.

Oras, el Hombre de Fuego, está erguido a mis espaldas con la mano dormida sobre el mango de su hacha... pero sus ojos crueles no duermen.

Y la mía.



Ahora hay silencio. Recorro los rostros con mis ojos y comprendo que lentamente estoy comenzando a forjar la arcilla que necesito.

Oíd bien...



Los hititas son cien y buenos, de manera que no lucharemos contra ellos sino que emplearemos la astucia. No queremos su vida. Queremos su oro.



"La antorcha" me mira lúgubremente y murmura...

Yo quiero sus vidas.



No le presto atención. El hombre me es necesario pero su irresistible pasión por la muerte me desagrada.

Los alcanzaremos en Ramahl, la ciudad costera donde se encontrarán con Nannar el comerciante, que proveerá su arsenal.



Taxos, tú. Tú eres astuto y eres ladrón. Comienza a elaborar planes. Oras te explicará cómo es la ciudad, los sistemas de guardia de los hititas, todo. Quiero un buen plan que nos permita apoderarnos del oro con poco riesgo.



Confío en Taxos. Es astuto y él sí ama el oro. Su cerebro es un horno fértil donde se cuecen todas las astucias existentes. Lánguido, elegante y cómodamente desparrado junto a la hoguera me sonrío.

Déjalo a mi cargo, Nippur. Ya hallaré algo.



Por el momento, nuestra urgencia es sólo llegar a Ramahl antes que los hititas. Allí estudiaremos el plan que se elabore. ¿De acuerdo?



Ninarim responde. Sin discusiones se ha convertido en la voz del grupo. Sobrio, enjuto y frío sus ojos se pasean por el grupo silencioso antes de decir...

Todos están de acuerdo.



Luego todos se envuelven en sus mantos para dormir...



Todos menos Ninirim. El se aparta a bastante distancia, lejos de nuestros ojos y comienza a practicar con su mortífera espada.



(Lo hace cada mañana, a mediodía, y a la noche. Duermo con su espada entre los brazos. Esa maravillosa espada es su vida y su amor.)



¿Nunca te cansas, Ninirim?



Ninirim tiene apostura de príncipe. Arrogante y al mismo tiempo apagado como una hoguera fría. Su rostro es fino y un frío de hielo se escapa de sus ojos.



No, Nippur.

¿Quién eres tú, Ninirim? Me intrigas. Tienes tatuajes religiosos en los brazos y en las manos te he visto instintivamente hacer el saludo al sol. O eres príncipe o eres sacerdote.



¿Eres curioso, Nippur?



Con respecto a tí, sí.



Extendió la espada junto a sí y la contempló durante un largo rato. Cuando comenzó a hablar lo hizo tan quedamente que casi no lo entendí.

Yo era príncipe y sacerdote, hombre de Lagash, y mi nombre era uno más entre los nombres de una gran familia religiosa de las orillas del mar.



"Mi padre era el patriarca y su voz hablaba a los dioses. Nuestra familia era una roca de piedad y amor y yo crecí embebido en la paz y el coloquio de los espíritus limpios."



"Orábamos todos juntos mezclados con el pueblo, de rodillas en la arena salada y elevábamos nuestras preces con la humildad del último pescador."



"Nos casábamos con jóvenes de nuestra familia y de nuestro pueblo para conservar nuestra sangre lejos del contacto con los extranjeros y así cuando llegué a mi adolescencia yo también busqué el amor..."



"Ella era Lea."



"Era una de mis primas, como todas las mujeres de nuestra familia, morena y silenciosa, que amaba las flores y las plantas marinas. Yo la amé con pasión y sencillez..."



Has elegido bien, Ninarim. Me estoy haciendo viejo y un día tendré que presentarme a los dioses a dar cuenta de mi vida y entonces serás tú quien deberá guiar a nuestro pueblo. Tú serás rey y serás tú el que deberá hablar a los dioses y reclamar su piedad para nuestro pueblo.



Lea te dará hijos bellos.



"Lea era extraña. A veces se quedaba mirando durante horas el mar o jugaba con sus collares de flores sin decir nada."

¿En qué piensas?





En nada.



Lea, ¿Tú me amas? Nunca dices nada.



Mira los pájaros que vuelan... A veces me gustaría tener alas y remontarme en el cielo y volar... Me gustaría ver las tierras desconocidas... Los hombres de diferentes pieles...



Es un extraño deseo... Somos felices aquí.

Sí... y hay felicidades que pueden ser tan agobiantes como una montaña blanca.



No te entiendo. ¿Qué quieres?

No lo sé.



Yo te haré feliz... Te lo prometo.



A veces querría disolverme en el viento y volar con él.



Pero... ¿Qué es aquello?



Un jinete...



"Venía derrumbado sobre la montura y vestía una armadura oscura... Sus largos cabellos negros ballaban en el viento como una lúgubre bandera de desgracia..."



Es un guerrero.



"Y de pronto se desplomó del caballo sin un ruido. El sol arrancó reflejos de su espada maravillosa."



Esté herido. Bañado en sangre...

Llévemolo a casa.
Lo curaremos.



Cuál es tu nombre, guerrero? ¿Qué te ha ocurrido?

Soy Vestas, hijo de la guerra.
Me batí con un grupo de elamitas no lejos de aquí y aunque los maté a todos uno consiguió herirme...



"Espantado hice el signo de conjura ante la sangre y él rio con una risa como un trueno..."

Ah, ¿Eres de los que tiemblan ante la muerte?

No. Sólo ante los dioses. ¿No tienes tú un dios?



Este es mi dios, muchacho.



"Vestas era la encarnación del mundo que rechazábamos. Violento, valeroso, viajero de mil caminos, lleno de relatos, de cicatrices, de risa y de aventuras..."

... y cuando el marido entró no tuve más remedio que saltar por la ventana... Desgraciadamente era una ventana muy alta.



No me gusta este hombre aquí. Cuando más pronto se cure y se vaya mejor será.

Es un buen hombre y muy divertido, padre.



Su mundo no es el nuestro y su atmósfera enrarece la nuestra.



(Allí está Lea, como siempre, embebida en la charla del forastero...)



¿Te resulta interesante la compañía de Vestas?

El es como esos pájaros cuyo vuelo me fascina. Ha visto muchos mundos y ha vivido muchas vidas.



"Me lancé como una fiera tras sus huellas. No llevaba armas pero no pensé en ello en ningún momento... La nube roja no hacía más que llamear ante mis ojos como un horizonte de sangre. "



"Ellos no se habían apurado. No creyeron que nadie los seguiría. "



¿Qué quieres, chiquillo? Ella viene conmigo así que...

"No sé cómo fue. Recogí una gruesa piedra del suelo y..."



¡Toma!

¡Ahhh!



Ahhh...

¡Ahora verás, hombre de muchos mundos!



¡Noooo!



¡Ahhhhh!





Ahora...

"Y entonces ví la sangre en mis manos, en mi pecho, en mis ropas y el sollozo de Lea como un lamento de animal herido en mis oídos."



"Y así perdí mis dioses, mi vida, mi fe y mi pueblo. A cambio de ello recibí una espada sangrienta y un crimen."



Esta espada, Nippur.

Duelmo y vivo con ella y de ella saco mi sustento pero no es mi amiga y sé que hay un fantasma en ella que me acecha.



Un día moriré y ese día el fantasma morirá también. Un día todo terminará cuando la antorcha de mi vida se extinga, pero tengo mucho miedo de que ese día llegue y por ello paso horas y más horas entrenándome con esta espada. Ella es todo para mí... hasta mi desgracia.



Eso es todo, Nippur. Ya conoces el secreto de Ninarim. ¿Te agradó conocerlo?



No. No mucho.



Se quedó sentado en la oscuridad con la espada, esa sinistra espada-fantasma-desgracia cruzada sobre las piernas. Un río de estrellas se deslizaba por el cielo negro.



Y de pronto sentí como si esa espada fatal no sólo estuviese suspendida sobre el sino sobre todos nosotros como presagio de desgracia.



(¿Será así?)



FIN

NIPPUR DE LAGASH

MIS GLORIOSOS COMPAÑEROS

Por **ROBIN WOOD**

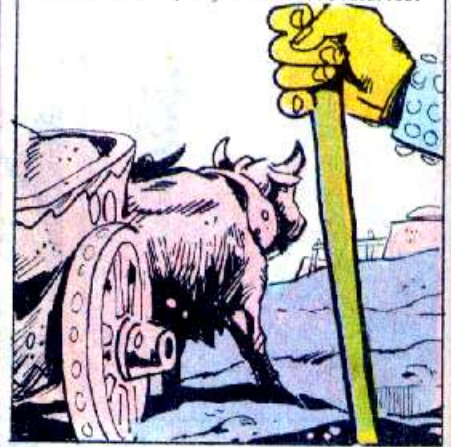


Entraron en dos hileras silenciosas, con los escudos a la espalda y cabalgando con la comodidad de los que viven a caballo. Cascos negros que cubrían los rostros y brazos musculosos anudados sobre las lanzas. Hititas, hijos del fuego y la muerte.

Dibujos de **MULKO**

Al frente iba Misima, el hermoso, con sus cabellos de oro derramándose sobre sus hombros y a su derecha, Nuuskar, el matador, feo y fuerte, con ojos de cerdo perdidos en su cara peluda.

Y entre las dos líneas de jinetes iban los carros pesados, arrastrados por bueyes, lentos, con los ojos rozando el suelo. Los carros con el oro de los hititas. El oro que yo debía arrebatárlas.



Taxos, el astuto, sentado junto a mí miraba la procesión sinifra sonriendo. El resto de mis hombres estaba mezclado con la multitud. Taxos estaba a mi lado y hablaba...

Esta noche acamparán en la playa y rodearán los carros con guardias. Son cien y la mitad los custodiará mientras los otros duermen.



¿Y nosotros?

Nosotros vendremos en la noche y nos llevaremos su oro. Dejaremos al país de Hatti sin una pieza de oro y así tú y tu roñoso Egipto podrán ganar su guerra.

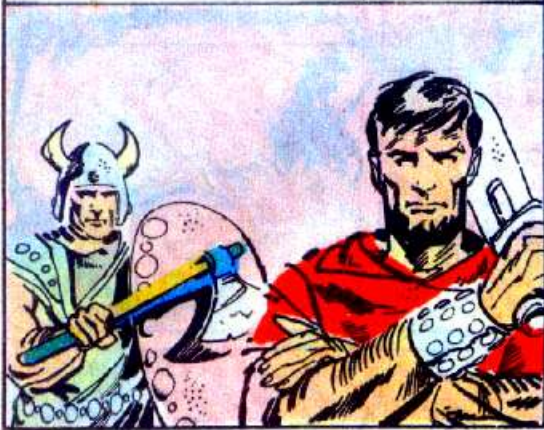


¿Cuál es tu plan?

Escucha bien...



Esa noche, a bastante distancia de la ciudad, nos preparamos. Afilamos espadas, lanzas y hablamos poco. La muerte aleteaba alrededor nuestro.



Será noche nublada. Eso nos ayudará.



¿A qué? ¿A morir sin luz?



Con la cara que tienes eso será buena cosa.

Es tiempo. La barcaza nos espera, Nippur.



Adiós. Los dioses os hagan volver sanos y salvos.



Ninarim...



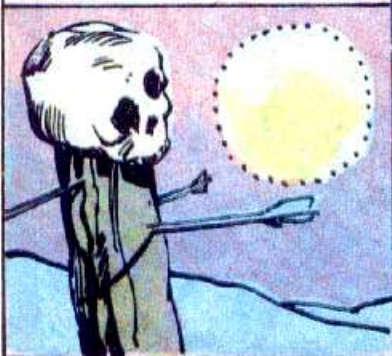
Cuídate. Tú me eres más caro al corazón que todos ellos.



Adiós, Nippur. Tengo un presentimiento tan oscuro como la noche.



La luna corre por el cielo como una rueda de plata. A veces convierte los bordes de las negras nubes en fantasmas de hielo...



Los guardias hititas sobre la arena negra parecen fantasmas...



Y algunos ya lo son...





Sácale las ropas. No tenemos mucho tiempo.

Lo sé.



¡Eh, tú! ¿Quién eres?

(Ya tienes tu muerte, hitita, toda tuya. Veremos quién más se abrazará a ella esta noche.)



La muerte.



Aplicó una antorcha al carro con de-
leite. El loco estallido del fuego se re-
flejó en sus ojos extasiados.



Ah, sí...



¡Corred! ¡Llevad mi muerte! ¡Mía! ¡Yo la en-
vío!



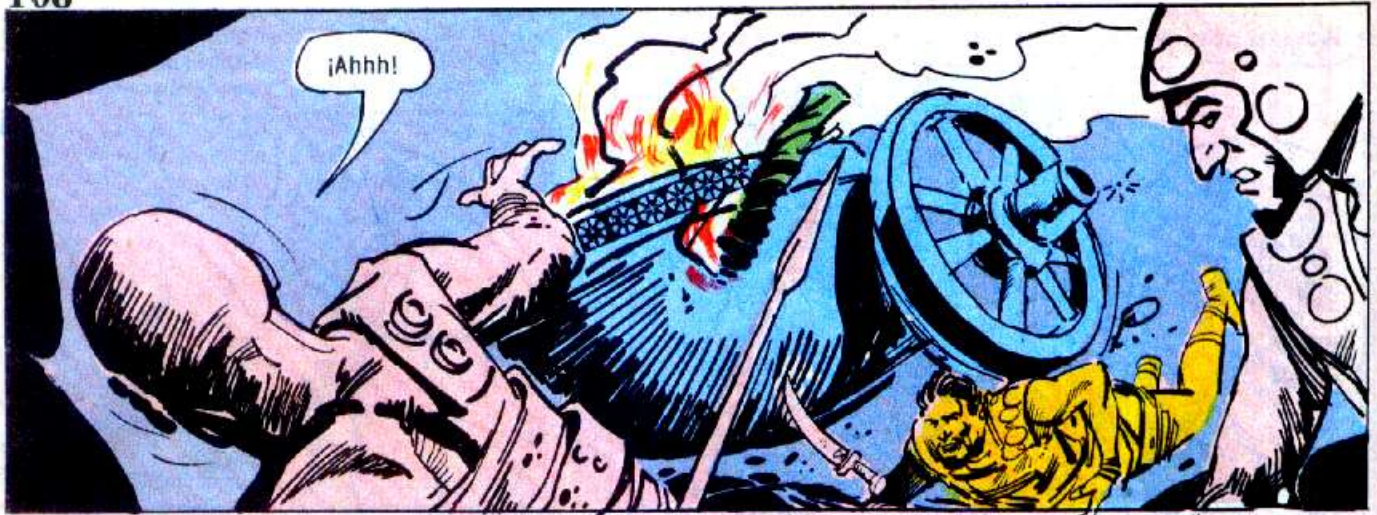
(Ya la luna llega al cenit. Es la hora.)



¡Atención! ¿Qué es eso?



¡Cuidado!



¡Ahhh!



¡A las armas! ¡Nos atacan!



(Comienza. Ahora son mis flechas las que deben entrar en danza.)



(Y ahí va la primera)



¡Ahhh!



¡Otro!

Y en el otro extremo, Namur y Oras también ciernen el aire con sus piedras y sus flechas.



Runas y Kinaminas vestidos con ropas hititas se mezclan en el desorden...

Ven, acerquémonos al oro.

Y Ninarim, impávido y esbelto, terrible en su armadura negra avanza entre las hogueras; indiferente a todo busca la tienda de los jefes.



Y nosotros llevábamos la barcaza hacia la orilla mientras olas negras y tumultosas nos azotaban y nos empapaban con sal y espuma...

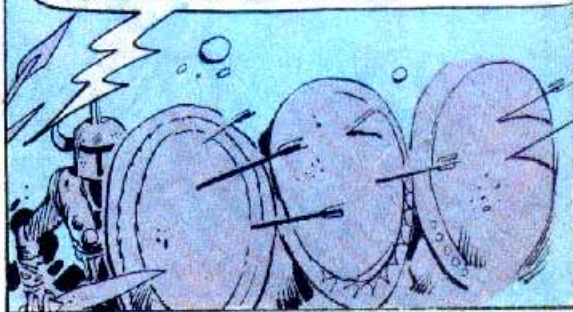
¡Ha empezado, Nippur! ¡Mira el fuego!



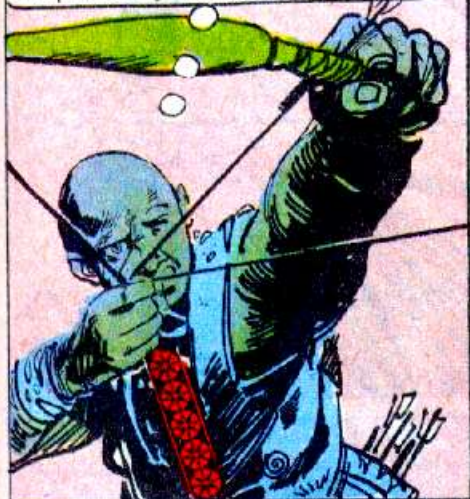
Sí. Habrá un segundo de indecisión que no durará mucho. Los hititas saben lo que deben hacer...

En efecto. Con los escudos sobre la cabeza, los guerreros se protegen rápidamente de flechas y piedras. Misima, el hermoso, comienza a dar órdenes fríamente.

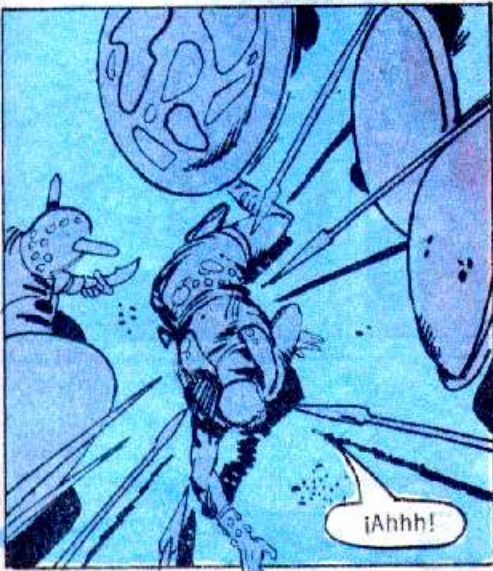
Grupos de cinco que avancen hacia donde están los atacantes. Arrastrarse con cuidado.



(Unas flechas más y habré terminado con mi provisión y entonces podré...)



Pero...



¡Ahhh!

Nunuskar, el segundo jefe hitita, está junto a los carros, espada en mano. Una silueta se le acerca...



Hitita.

¿Quién...?



¡Ahhh!

Ninarim retira la espada ensangrentada con gesto experto. Su rostro pálido a la luz de los incendios no tiene expresión.



(Ahora busquemos a Misima...)







¡Ahhhhh!



¡Cuidado, Namur!
¡Nos han rodeado!

¡Los puercos!
¡Nunca me...!



Oh, dioses...



Oras evita una lanza, mata, es herido, no grita. Un Hombre del Fuego nunca grita. Otra lanza lo atraviesa. Y otra. Es el fin...



¡Aprisa! ¡Aprisa!

Va. Va.



¡El oro! ¡Lo roban!

¡A ellos! ¡A muerte!

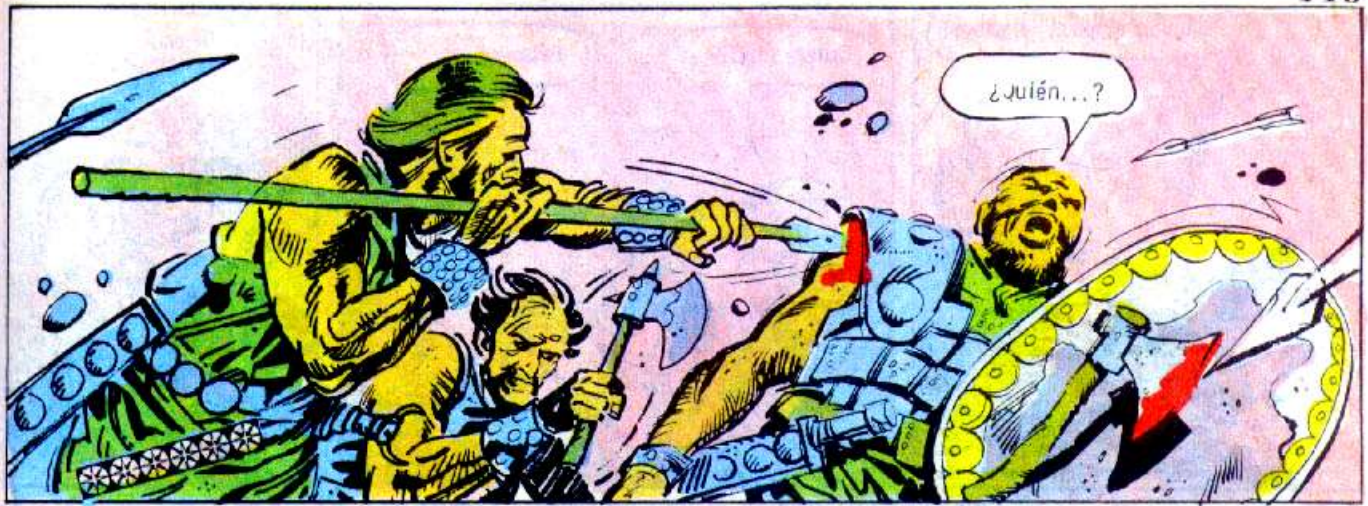


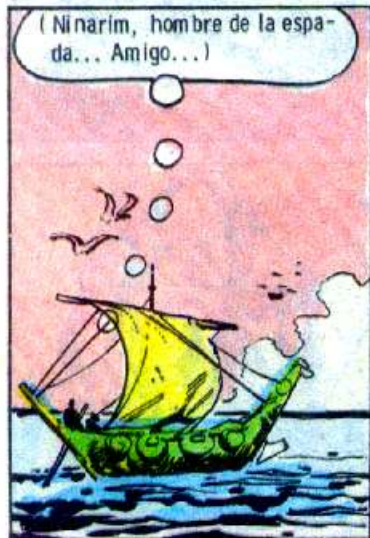
Runas sale al encuentro de la horda que avanza. El olor de la sangre, del fuego, los gritos, los relinchos, todo ello lo enloquece.

¿Quién enfrenta a Runas?



¡Vuelve, idiota!







(Los dioses sean con vosotros, hermanos...)

FIN

NIPPUR DE LAGASH

LA GRAN BATALLA

Por ROBIN WOOD

Relatar una guerra. ¿Quién puede hacerlo? No yo. Nunca he hallado las palabras justas para encerrar esa locura de sangre, cabalgatas, estandartes y esa indefinida mezcla de estupidez, inconsciencia, grandiosidad, coraje y ceguera que hacen nacer la gloria entre la polvareda y el grito inmenso de miles de gargantas enronquecidas.

Dibujos de MULKO



Egipto y Hatti. Los dos países se han lanzado uno contra el otro. De un lado Norenemes, el general con un ojo de bronce y su ejército macizo, pesado y efectivo...



Del otro... Yo. Nippur de Lagash, general de los ejércitos del Egipto. La guerra me llegó a las manos como un pájaro envenenado.



¡A Egipto!



(No...)



Recordar esa guerra. No puedo. Se luchó en los arenales, en las orillas fangosas de los ríos. Guerra de emboscadas, de ataques sorpresivos...

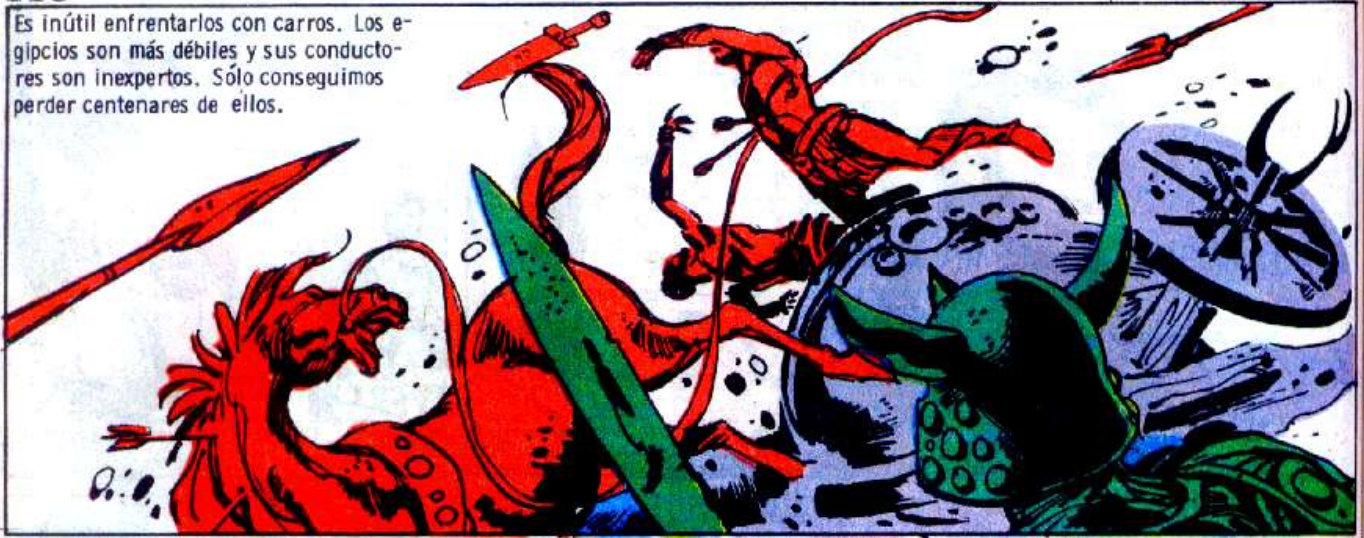


¡Demos una batalla final, Nippur!

No.



Es inútil enfrentarlos con carros. Los egipcios son más débiles y sus conductores son inexpertos. Sólo conseguimos perder centenares de ellos.



¡A Tebas! ¡A Tebas!



Deberíamos enfrentarlos, general.

Aún no. Envía soldados que envenenen los pozos de agua que se hallan en la ruta de los hititas.



Los hititas pierden caballos y soldados en los pozos envenenados. Mis piquetes de arqueros negros los enloquecen atacándolos de continuo con sus flechas emponzoñadas.

Por la noche, grupos de soldados con las caras pintadas de negro se arrastran hacia sus líneas y prenden fuego a los carros con provisiones y matan caballos. Tienen orden de no luchar. Cada soldado me es necesario y no puedo arriesgarlos.



Han huido, general. Mataron una cincuentena de caballos y quemaron toda nuestra provisión de trigo. Sólo capturamos a éste...

Perro egipcio, ¿así que matas caballos en vez de hombres? ¿Por qué no lucháis en lugar de correr como mujeres?



Son las órdenes.

¿Órdenes? ¿De quién?



Nippur.

Nippur. ¿Hasta cuándo ese fantasma me perseguirá?



Ah. Creo que lo que debo hacer es enviarte un regalo. En una bolsa le mandaré la cabeza del prisionero.



Y me lo envió...

Con los cumplimientos del general Norenemes. Eso dice la nota.



¡Por los dioses! ¿Que es esto?

Hay una tablilla en esa lanza, general... Y hay algo escrito.



—Díce que te devuelve tu regalo... y firma "Nippur".



Nippur.

Arrastré la guerra como pude hasta que llegó lo más tórrido del verano. Los hititas, hombres de tierras altas y de climas fríos, fueron golpeados por el calor de horno del desierto como por un puño de fuego.



¿Dices que el ejército hitita está en el valle de La Hoz?

Sí, general. Han sufrido una fuerte epidemia de fiebres y la falta de agua los ha castigado mucho.



Entonces... ha llegado el momento. Ha llegado el momento de la batalla final. La decisiva.



(Los dioses me ayuden. Espero que mi decisión sea la buena. Hay tanto que depende de ello...)

Ordena que cuelguen un estandarte rojo frente al palacio real, Akhenamon.



¿Un estandarte rojo? ¿Para qué?



Es la señal convenida con Manam, la cabeza de los Hombres de Fuego. Así él sabrá que lo necesito.



Nippur... ¿y si él no se presenta para la batalla?

Cállate.



(Cállate. ¿No ves que ni yo mismo me atrevo a hacerme esa pregunta?)

Quince días más tarde, de pie en mi carro de guerra, con los papiros de oro, insignia de mi grado, desemboqué en el valle de La Hoz al frente del ejército más poderoso que saliera del Egipto. El valle era inclinado, lo cual dejaba a los hititas frente a una pendiente que haría perder velocidad a sus carros e impulso a sus soldados.



Yo, el hombre de Lagash, era amo y señor del destino de las tierras conocidas.



Y delante nuestro, la masa inmóvil, oscura, erizada de lanzas, separada de mi ejército por dos tiros de flecha.

¡Nippur ha venido, general!



Al fin... Es nuestro...



¡Nippur! ¡Déjate ver, gran cobarde! ¡Quiero conocer tu cara!

Si
Di
gi
in

¿A quién llamas cobarde, mono rapado? ¿A mí? ¡Ve y pregunta a los esqueletos que se blanquean desde el Buranum hasta el mar por mi cobardía! ¡Ellos te contestarán! ¡Y en lengua hitita!



No hará falta ir a buscar esqueletos tan lejos, Nippur. Antes de la noche este valle estará lleno de ellos. Esqueletos egipcios.



Como un eco de sus palabras todos los hititas dieron un fuerte golpe en su escudo y lanzaron un grito poderoso que hizo temblar la tierra...



(Mi gente está aterrada. Están recordando todas las leyendas acerca de estos soldados feroces. Imaginan ya su muerte. Están derrotados antes de moverse...)



Pero antes de eso, Nippur, quiero divertirme un poco. Quiero que conozcas a Martar... ¡Martar!



Se apartó de las filas con paso poderoso. De pie, bajo el sol, erizado de metal, gigantesco, parecía tan terrible y tan invencible como la muerte.

Es nuestro mejor hombre, Nippur. Envía al mejor de los tuyos para que lo enfrente. Luego, lucharemos.



Astuto Noremenes... Sabe que no hay hombre capaz de enfrentarse a esa fiera entre los egipcios... Y sabe que el terror aumentará con una negativa a la lucha o con una derrota...



(A menos que...)



¡De acuerdo, Noremenes! Pero no enviaré al mejor de mis hombres. No hará falta. Simplemente uno, ni mejor ni peor que los demás.





¡Eres mío!



Pero...

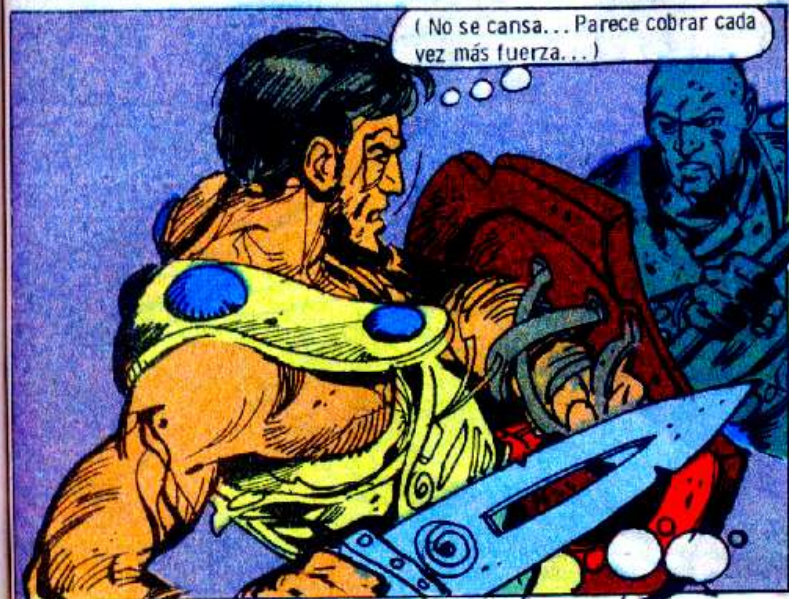


Es tan fuerte... La tierra y la sangre que le enfangan el rostro no lo enneguecen y sus ojos sanguinolentos me quemar por sobre el destellar de su hacha.

Intercambiamos golpes espantosos y trozos de escudos y armaduras vuelan por el aire... También chorros rojos.



¡Espérame, sumerio!



(No se cansa... Parece cobrar cada vez más fuerza...)



Pero...



Una ovación inmensa se alzó a mis espaldas. Miles y miles de gargantas aullaban mi nombre hasta destrozarse los oídos. Alcé la espada aún rezumando sangre y...



Los heridos mueren pisoteados. Las flechas caen en lluvia. Caballos muertos se apilan frente a sus carros volcados. Corremos sobre cuerpos resbaladizos de sangre. Murallas de escudos dejan avanzar un horizonte de lanzas...





¡Nippur! ¡Mira!



Manam va al frente, con sus cabellos de plata volando en la brisa. No hay gritos de guerra. Se grita para tener valor y los Hombres de Fuego no necesitan de eso.



Avanzan como una gran muralla negra, silenciosa y veloz entre una inmensa polvareda. Sus mantos negros son como una bandera inmensa...



Es como una trampa en la que muere un animal salvaje...



Allí mueren los hititas...



Todos...



Nippur... Manam, padre... Bienvenido...

Tengo un regalo para tí, Nippur. Un regalo que podrás enviar al rey de Hatti...



Es un envoltorio de cuero. Dentro va la cabeza del general Norenemes. Envíasela.



Hemos ganado...



¡Hemos ganado!



Un trueno inmenso se elevó en el valle, sobre los miles de cadáveres, sobre los ríos de sangre, sobre la muerte inútil y grandiosa de los hombres.

Y yo estaba de pie allí, sordo y ciego, aturdido por ese inmenso bramido...



El águila volaba en lo alto, muy alto, muy lejos de nosotros. A veces el sol la acariciaba y la pintaba de oro y era como un fantasma increíble y maravilloso a punto de disolverse en el infinito.



FIN

NIPPUR DE LAGASH

LA EPIDEMIA

Por ROBIN WOOD

Dibujos de MULKO

El viento sopla fuerte desde el desierto. Un viento fuerte y caluroso que sacude las palmeras y arrastra la arena por todos los intersticios de las casas de Tebas, sean palacios o chozas.



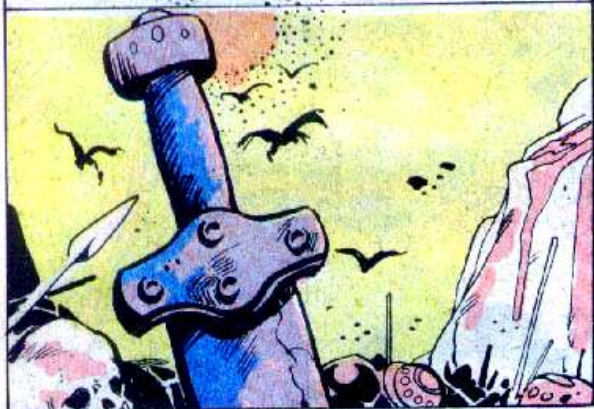
(Se huele...)



Sí. Se huele algo en el aire. Un olor dulzón y nauseabundo que flota en el aire.

(Tantos cadáveres...)

Hace treinta soles que terminó la guerra con los hititas. El ejército de Hatti se pudre en el valle de La Hoz.



Pero también hay cadáveres por todas partes. Algunos, muchos, bajan en la corriente del Nilo, hinchados y grasientos.



Otros yacen aún donde los halló la muerte, con sus aureolas de buitres y sus nubes de moscas zumbando.



Tebas no está alegre con la victoria. Demasiadas casas no han sentido el paso de los hombres volviendo. Los hititas lucharon bien y eso siempre significa muerte. Muchas personas maldicen mi nombre porque yo volví vivo y triunfante mientras sus hombres son sólo esqueletos ahora en el valle de La Hoz...



Y en la plaza está el viejo, mugriento y loco murmurando...



(Me siento intranquilo... No consigo dormir...)





(¿Y ese viejo? ¿Quién es...?)



Salí del palacio y crucé los jardines silenciosos hasta llegar junto al viejo.

Viejo...



Se rió con una risa cloqueante que me erizó los peillos de la nuca. La noche estaba húmeda y calurosa y sentí la transpiración correrme por el cuerpo.

Tú eres Nippur, ¿verdad? Tu eres el que ha triunfado...



Yo soy Nippur, ¿y tú?

Yo soy nadie. No tengo nombre. Mi miseria es tal que hubiera vendido mi nombre por un pedazo de pan de haberlo tenido.



Y sin embargo yo he conquistado Egipto. Yo te he vencido a ti. Yo, el mendigo sin nombre.



¿De qué hablas?



Yo... yo...



(Debe estar loco... o borracho... o demasiado viejo...)

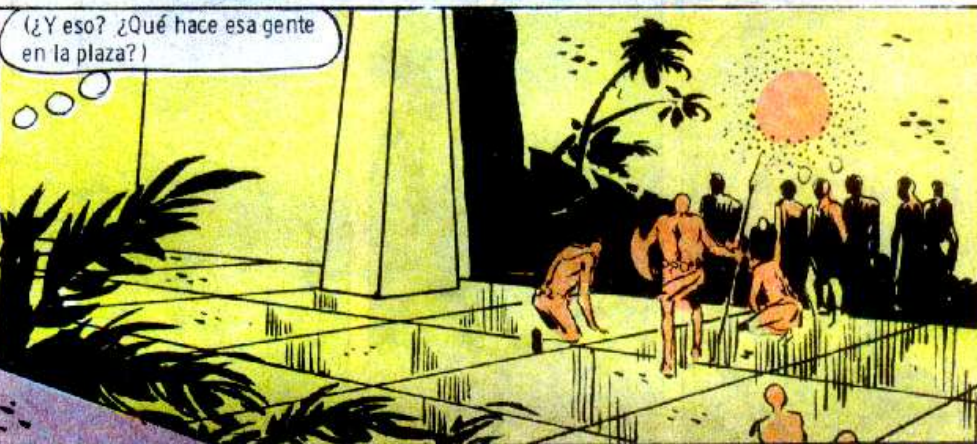


Yo no sabía aún. No sabía lo que él había querido decir.

(Volveré a palacio... Tal vez pueda dormir...)



No pude y la mañana fue calurosa y agobiante y desperté con el ánimo negro y pesado sin desear ver gente u oír palabras. De pronto, en aquella alcoba de príncipe añoré mis frías mañanas solitarias en los desiertos...



(¿Y eso? ¿Qué hace esa gente en la plaza?)



Dejadme pasar.



El viejo...

Está muerto. Le pegué una patada para que se largara y entonces me di cuenta...



Algo que vi a través de sus ropas me hizo correr un escalofrío.

Dame tu espada, soldado.

¿Mi...? Sí, toma.



(Los dioses no permitan, pero...)



Y entonces supe y comprendí sus palabras y su risa...

(El infierno se ha desatado sobre nosotros. Es lo que temía. El debió haberlo sabido anoche cuando habló conmigo... Debe haber muerto riendo. El, que fue nadie en vida se convirtió de pronto en amo de Tebas al morir...)



Soldado, no toques este cuerpo. Cúbrelo con ramas y aceite y qué-malo aquí mismo. No dejes que nadie se acerque.

¿Por qué, general? ¿Acaso...?



Entonces vio el cuerpo a través de los harapos cortados y comprendió. Su rostro se volvió amarillo de miedo.

La peste...



Y yo le...

Cálmate. Quema sus sandalias también. Y quema el cuerpo. Rápido.



Luego corrí como un loco a las habitaciones de la reina Nofretamon.

¡Nofretamon! ¡Nofretamon!



¿Qué ocurre, Nippur?

No hagas muchas preguntas. Prepara las cosas más necesarias y con pocos sirvientes huye, vete lejos de Tebas hasta que yo te haga llamar otra vez.



Nippur, ¿qué ocurre? ¿Por qué esto?

La peste, señora. No es sorprendente con toda la carroña que ha quedado sembrada por todo Egipto. Un hombre acaba de morir en la plaza frente al palacio. Debes huir antes que la epidemia estalle.



Por suerte tu hermano Akhenamon está aún en la frontera. Le enviaré recado de que no regrese. Tú podrás reunirte con él si quieres.

¿Y tú?

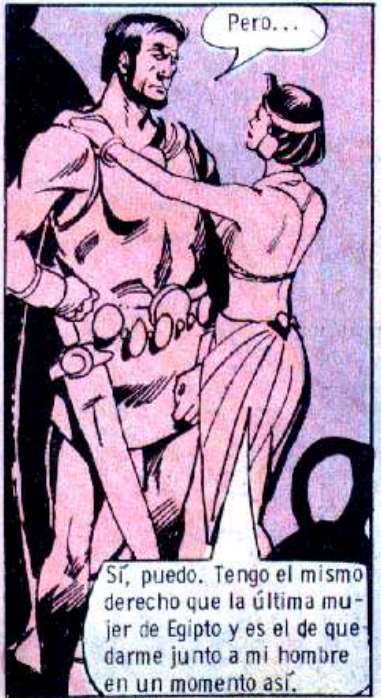


Yo debo quedarme. Si la epidemia estalla como me temo, alguien tendrá que tratar de controlar esto. Será horrible.



Si tú te quedas, yo me quedo.

No puedes hacer eso.



Pero...

Sí, puedo. Tengo el mismo derecho que la última mujer de Egipto y es el de darme junto a mi hombre en un momento así.



No hubo manera de disuadirla... y las noticias que mis guardias aterrados me trajeran fueron tan terribles como las esperara...

Se están encontrando cadáveres por todas partes. Los habitantes comienzan a enloquecerse...



Hay que quemar los cadáveres. Hay que encender hogueras gigantes en todas partes. Necesitamos leña. ¡Por los dioses, apuraos!

La locura y la muerte descendieron sobre Tebas. Enormes hogueras ardían por todas partes y hedores terribles se mezclaban con la humareda y asfixiaban la ciudad. Las casas cuyos ocupantes habían muerto de la peste eran quemadas.



La gente quiere huir de Tebas.

Pueden dirigirse hacia los terrenos des poblados pero no hacia otras ciudades. Pon soldados que lo eviten. Hay que impedir que la peste se propague.

Por la noche recorría la ciudad con el corazón encogido de horror ante la miseria y la desgracia que cubría, más espesa que el humo de las hogueras, la ciudad del Nilo, la orgullosa joya de los faraones.

(¿Y esos gritos?)

¡No os daré el cuerpo de mi niña! ¡Idos!

¡Dámelo o...!

Alto. ¿Qué ocurre?

Su hija ha muerto pero ella no quiere entregarla.

¿Por qué quieres guardarla, mujer? Ya es inútil.

Tú eres Nippur... Te vi pasar en tu carro de bronce, resplandeciente como una joya cuando fuiste a luchar contra los hititas. Mi marido y mis tres hijos fueron contigo...



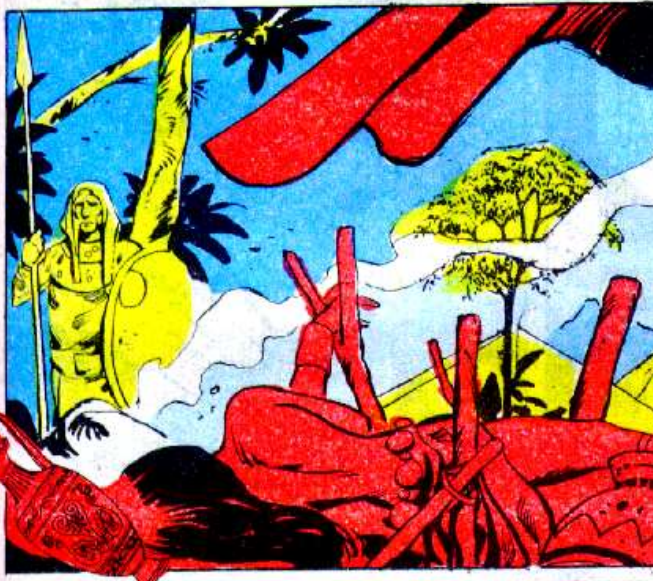
Ninguno volvió, Nippur. Sólo me quedó mi niña pequeña... y ahora... Déjamela, Nippur. Déjame este consuelo al menos...



Mujer, tú has perdido cuatro hombres y su muerte pesa sobre mis hombros junto con las de miles más. Eran los hijos de otros y yo los llevé a la muerte. Si fueran mis propios no me podría sentir más responsable.



Mujer, apiádate de mí.



Ella comprendió mi súplica y vaciló un poco. Por fin...

Tomad, llevadla.



Comencé a alejarme.

Nippur...

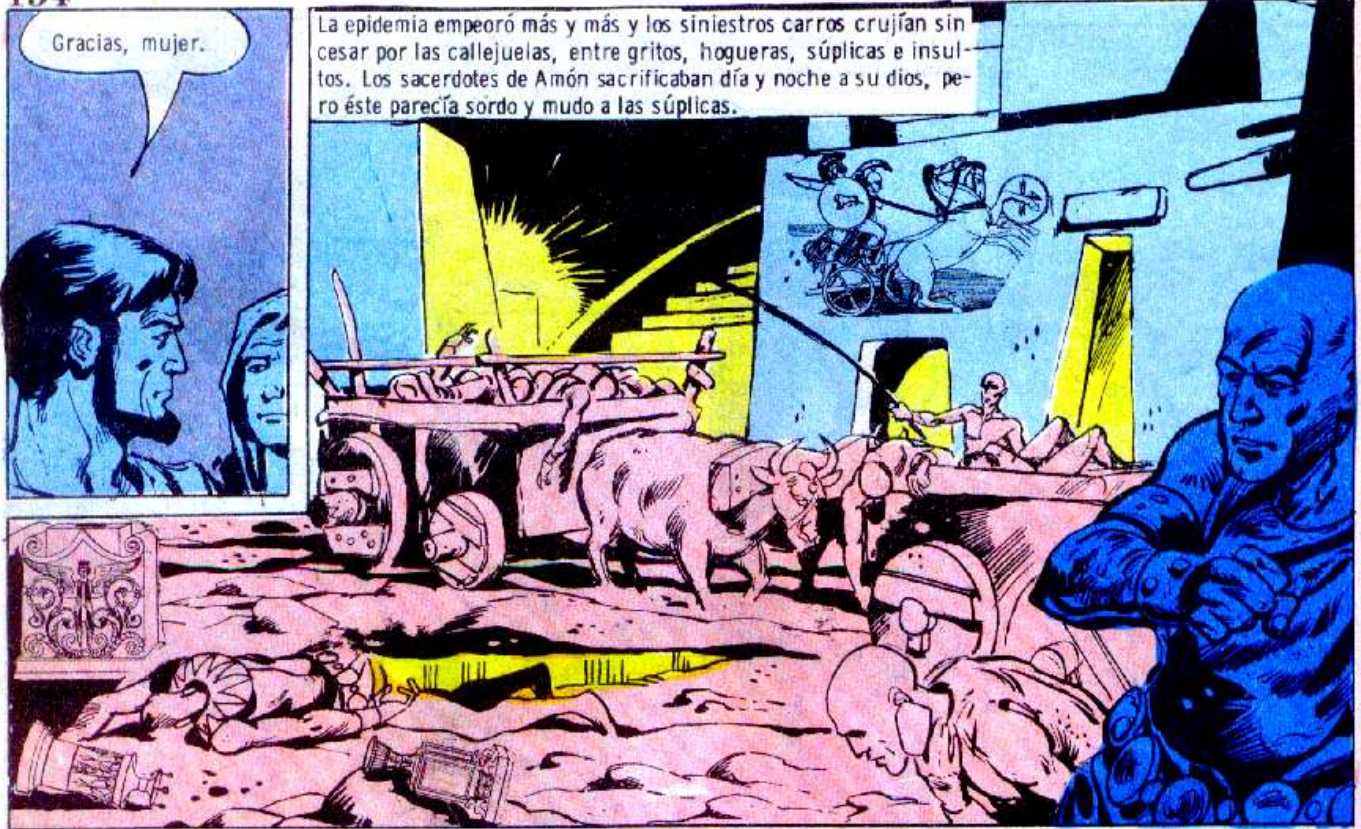
¿Sí?

No te atormentes. Esos muertos no fueron fruto tuyo. El destino es como una mujer loca. Somos muchos en Egipto los que cada noche pedimos a los dioses que te protejan.



Gracias, mujer.

La epidemia empeoró más y más y los siniestros carros crujían sin cesar por las callejuelas, entre gritos, hogueras, súplicas e insultos. Los sacerdotes de Amón sacrificaban día y noche a su dios, pero éste parecía sordo y mudo a las súplicas.



Y a veces...

¡Vamos! ¡Ya tengo todo el oro!



¡Ladrones! ¡Me han...!

¡Calla!

¡Quietos!





¡Ahhh!



¡Yo no! ¡Me rindo! ¡Piedad!



¿Qué hacemos con él, general?

Ejecútadlo.



¡No! ¡Piedad! ¡Yo...!



(Oh, dioses. Dioses inescrutables. ¿Qué designios son los vuestros? ¿Qué es lo que buscáis? ¿Por qué todo este horror?)



(¿Es por mí? ¿Es que hay una maldición que pesa sobre el hombre de Lagash? Si es así, tomadme a mí pero dejad en paz a esta pobre gente. Os suplico...)



¡General! ¡General!

¿Qué ocurre?



La... la reina...



No... Oh, no...



Nofretamon...



Debe haber algo en nuestros destinos, Nippur, que no están ligados. Debe haber algún destino que los dioses han formado para tí y en el cual yo no puedo tomar parte.

Calla. Mejorarás.



¡Llama a su médico y a los sacerdotes y díles que sus cabezas dependen de la salud de la reina! ¡Corre, maldito seas!

¡Sí, general!

Esa noche me arrodillé en las grandes lozas de la azotea del palacio bajo la luz lechosa de la Luna y allí oré con fervor, con el fervor desesperado de un hombre que ya no tiene otra solución...



(Nunca os he reprochado las penas de mi vida y nunca os reproché todo lo que he sufrido por vosotros.)



(He perdido mi ciudad, mis amigos, todo. Sólo me ha quedado esta mujer que amo y que es el último resabio de mis ilusiones y de mis esperanzas. Nunca os reproché vuestra dureza para conmigo...)



Tal vez vosotros no estáis satisfechos de mí.

Pero aquí está Nippur, el hombre de Lagash, suplicando como no acostumbra a hacerlo... ¡Es que puedo soportar aún todos vuestros rigores, pero no le quitéis la vida a Nofretamon!



Es Nippur de Lagash quien os habla.

En la mañana la epidemia comenzó a calmarse como una tormenta agotada y los cadáveres fueron menos. Los enfermos recobraron fuerzas y un viento fresco y limpio barrió la empozoñada atmósfera de Tebas.



¡Los dioses han detenido la muerte! ¡Nos hemos salvado!



Nofretamon, reina de Egipto, mi primer, mi único, mi melancólico amor, murió a la hora en que muere el sol. Con el último aleteo de las flores se extinguió su vida.

La reina ha muerto.



Un silencio inmenso corrió por los corredores del palacio. Quedé solo en la gran alcoba real con ese cuerpo etéreo y blanco. Fui yo quien cerró sus ojos.

Adiós.



Pensé llevarme una joya, algo, un recuerdo, pero no lo hice. Mi amor ya no existía y es inútil luchar contra lo inevitable con fetiches.



Nadie me habló cuando abrí las grandes puertas.

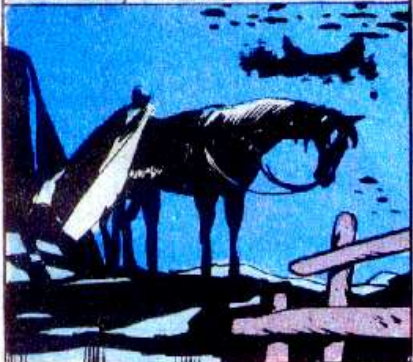




¿Has visto su rostro?

Parece que lo hubieran quemado vivo.

En las caballerizas elegí un gran caballo negro y cargué solamente un morral, mis armas y mi casco.



Luego me envolví en un manto negro y monté. Era una noche fría y había muchas luces en la ciudad...

Desde lo alto de las torres de palacio resonó el fúnebre lamento de las tropas de la guardia.



La reina ha muerto...

Amón la proteja...



Pero... ¡aquél es Nippur!

¿Ei? ¡SÍ!



Una multitud silenciosa comenzó a llenar las calles a medida que yo las cruzaba. No decían nada y solamente me miraban mientras en el aire sonaban las notas fúnebres.



Y de pronto un hombre gritó:

¡General! ¡Mira mi niño! ¡Ha nacido ayer y llevará tu nombre!



Nippur, bendito seas. No por tu guerra y por tu gloria. Bendito seas por tu corazón deshecho...



¿Me recuerdas? Te di el cadáver de mi niña... Y he hallado otra cuya madre murió. Ahora es mía...



¡General! En el valle de La Hoz tú me salvaste. Tengo una cicatriz que no cambiaría por todas las joyas del mundo porque siempre me hará acordar de tí...

Una niña corrió hacia mí y me dio un puñado de flores.



Toma, general. Son las únicas que hallamos. No hay flores en Tebas... pero volverán.

Sí. Las flores volverán a Tebas y volverá el sol y las risas y el viento en las palmeras. Las redes de los pescadores saldrán de las aguas llenas de peces de plata y fantasmas de sol. En las tierras altas, la brisa cantará en los sembrados...

Y habrá un niño que llevará mi nombre... y habrá mañanas frescas con pájaros y frutos y riachos claros. Habrá noches con fuegos y vino y recuerdos y yo seré uno de esos recuerdos.

Me alejo de Tebas, rumbo a la noche brillante de estrellas y rumbo a la tiniebla opaca de mi soledad. Me alejo con un puñado de flores en el puño y un vacío inhumano en el pecho.



Y cuando la primera lágrima, ardiente, quemante, rueda por mi rostro, la noche, mi vieja amiga me envuelve como para protegerme y acunarme.



FIN

Nippur de Lagash

LA RISA DE LA MUERTE



Por ROBIN WOOD



Dibujos de R. VILLAGRÁN

VILLAGRÁN 92

El viento soplaba en largas bocanadas ardientes, viniendo del desierto, arrastrando polvo, piedras y matas resecas que cruzaban ante mí rodando y desapareciendo en la semioscuridad como fantásticos animales sin peso.



Atrás quedaba Egipto. Atrás quedaba parte de mi vida. Atrás... Adelante estaba solo mi viejo amigo mudo, el horizonte. Y hacia ese amigo antiguo, no muy querido y nunca alcanzado me dirigía entre el viento y los turbiones de tierra.



(Debo buscar una aguada... o un lugar resguardado...)



(Debo...)



Ayuda...



(¿Qué fue eso? Me pareció una voz...)



Ayuda...



Un sollozo ronco y desesperado quebró la voz. Junto a un apenuscamiento de rocas vi sombras moviéndose.



Detente allí, forastero. ¿Qué buscas aquí?

Cref oír voces pidiendo auxilio.

Debes haberte confundido con el viento.



Y entonces vi la mano asomando tras una roca. Una mano de mujer...



¿Puedo detenerme aquí? Necesito protegerme de la tormenta.

No. Sigue adelante y hallarás otros roquedales.



Amigo. ¿Ocultas algo acaso?

No es el momento de hacer preguntas.



Tienes razón. No vale la pena preguntar más.



¡Ahhh!





Pero...



(Veamos ahora...)



(Oh, dioses...)



Agua..., por favor..., agua...

Recosté a la joven contra una roca y suavemente le lavé el rostro y le humedecí los labios. Tenía la piel pegada a los huesos y parecía más un fantasma que un ser humano.



¿Qué te ha ocurrido?

Debemos... Debemos huir... Nos matarán...



¿Quiénes...?

Un rumor de caballos me sobresaltó. (Los guardias... Han recobrado el conocimiento y han huído. Han huído, o han ido a buscar más gente.)



Ven, muchacha. Huyamos de aquí.

(Por suerte el viento y la arena borrarán nuestras huellas.)



¿Cuánto tiempo hace que no comías?



Creo que diez días y diez noches. Desde que me llevaron al desierto. La idea era justamente que yo muriera de hambre.



¿Quién pudo condenarte a una muerte tan horrible?

La esposa de mi padre y su hijo.



Explicáte.

Mi padre era un hombre muy rico y con viñedos y ganado y depósitos de aceite. Cuando mi madre murió tomó una esposa nueva, una esclava del desierto que había sido capturada y que tenía un hijo.



Mi padre murió hace una cosecha y esa mujer y su hijo se encargaron de dirigir sus bienes. Fueron todo miel y azúcar conmigo y yo les creí...



"... hasta que una noche llegaron a mi cuarto y me ataron y amordazaron y me trajeron al desierto. Entonces supe lo que tramaban. Harían correr la voz de mi enfermedad y cuando los sacerdotes vinieran a preparar mi cadáver no hallarían rastros de heridas o veneno. Sería una muerte natural. ¿Quién puede advertir la diferencia entre muerte por enfermedad o muerte por hambre?"



¿Qué ocurriría si en tu ciudad supieran la verdad?



Los harían quemar vivos y sus cenizas serían esparcidas al viento como si fueran basura...



Si ella llega a ver a los ancianos estamos condenados. ¿Lo oyes?

Debimos haberla matado de inmediato tal como te dije.



¡Eres un idiota! ¿Y qué ocurriría cuando los sacerdotes revisaran el cuerpo? ¿Qué enfermedad explicaría el tajo de un puñal o su estómago comido por el veneno, tonto más que tonto?



Busca a los dos hombres que la cuidaban y prepara caballos. Yo iré a buscar ayuda.

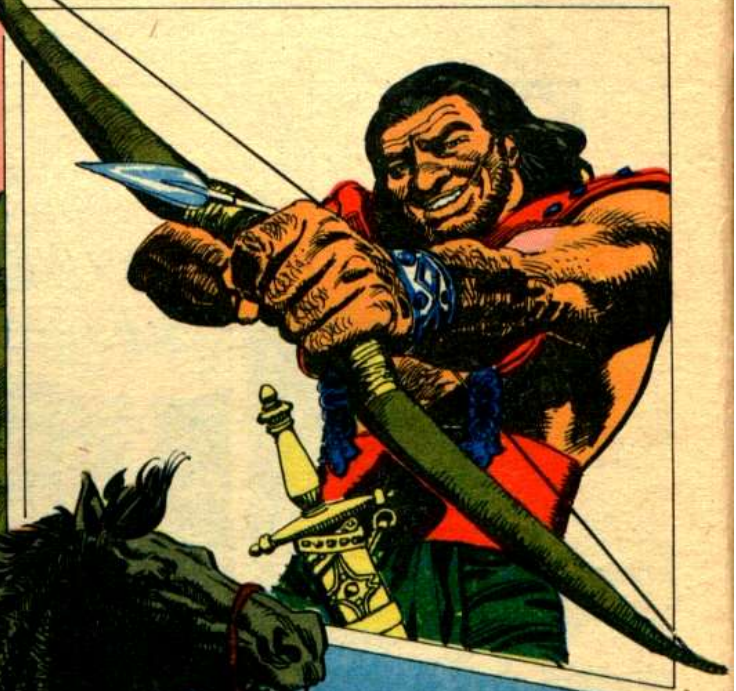
¿Ayuda? ¿De quién?



Del que ríe. El y sus hombres harán cualquier cosa por oro.



¿Oro? Esa es una palabra que Arak comprende, mujer. Y cuando Arak oye hablar de oro, Arak ríe. Háblame de ello.



Oí otra vez la carcajada y vi los cinco hombres salir de entre las rocas. Había un sexto. Este no se movió de su altura pero igual su risa llegó hasta mí.

¡La muerte ríe conmigo, forastero! Escucha y la oirás!



(La oigo... Sí... La oigo...)



La muerte reía en las hojas de bronce que avanzaban hacia mí, en las bocas innobles de los hombres, reía en el sol tórrido que nos hervía contra la arena.

Nippur, ¿qué hacemos?



Quando yo ataque... salta sobre mi caballo y huye. ¿Me escuchas? Huye.

Pero...



Alza la cabeza, amigo. No dificultes la muerte. Mi madre estará content...



¡Ahhh!





El moverme me hizo aullar de dolor y la flecha bailó dentro de mis carnes pero ya mi espada caía otra vez.





¡Traedla! ¡Malditos seáis, traedla! ¡Yo me ocuparé de este perro!



(Tengo que intentarlo...)



Quieto. No lo intentes.



Allí van. Alcanzarán a la joven y todo irá bien.



Miró entonces uno de los cuerpos caídos y lanzó una risotada.

Vaya... El hijo de la vieja bruja. Casi lo has partido en dos. Tal vez las cosas no irán tan bien después de todo.



¿Quién eres tú, vagabundo? ¿Dónde has aprendido a blandir esa espada de tal manera?

Soy apenas un hombre que pasa.



Y apenas un hombre que pasa lleva adornos de oro en su túnica, ¿eh?, y brazaletes hechos por joyeros de Egipto. Ah, no. Hay algo más que eso en ti, amigo. ¿Cómo te llamas?



Nippur. Nippur de Lagash.

Lanzó otra risa que me erizó la piel de la nuca. La herida me dolía atrozmente y el sol parecía rajar mi cabeza. Me arrastré hasta las rocas buscando sombra.



Nippur. Veo que mi fortuna está hecha hoy. Mucha gente paga buen oro por ver tu cabeza. Tú eres un hombre con demasiados enemigos.



También tengo amigos que te buscarán.

Que me busquen. El matar es un placer y sólo el combate embellece la vida.



¿Me matarás?

Aún no. Esperaré hasta que mis hombres vuelvan con la muchacha. Me aburriría solo aquí.



(¿Y eso...?)



Se acercaba silenciosamente hacia el plácido asesino, sin un ruido.



(Ojalá... Ojalá...)



¿Sabes lo que haré contigo, Nippur? No te mataré rápido.



Se acomodó y extendió su espalda para apoyarse mejor en la roca.

Te haré durar bastante. Tengo curiosidad por ver.



¡Cuidado! ¡Una serpiente!



¡Ay!



¡Maldita sea! ¡Me mordió! ¡Me mordió!



Me mordió.



Se ha acabado tu camino, hombre risueño. Poco tiempo te quedará para que disfrutes de sus delicias.

No.



¡No quiero morir! ¡No quiero!



¡Ayúdame!



De acuerdo. Arrancaré el veneno de ti... pero a cambio de ello tú serás mi prisionero.

Lo que digas. Lo que digas pero ¡apúrate!



Ahora... Ahora sí...



¿Qué esperas? ¡Saca el veneno! Debes quemar la herida... ¡por los dioses, lo prometiste!

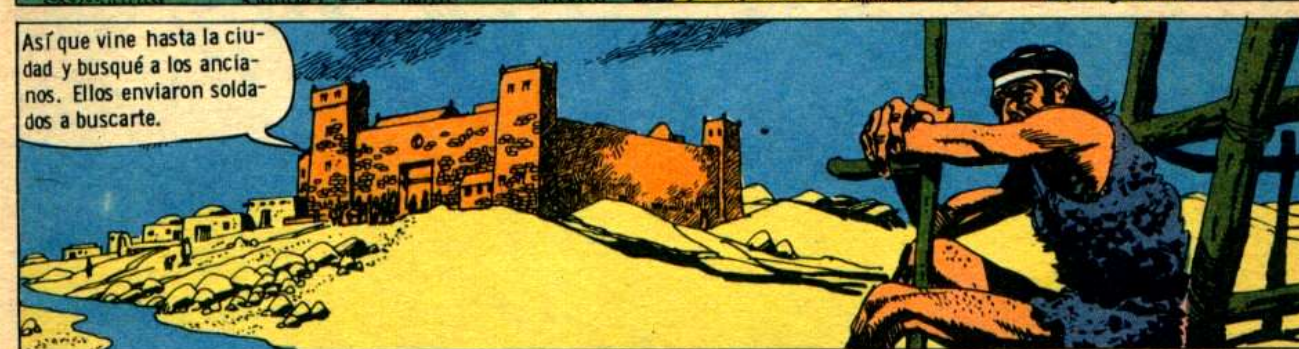


Amigo, no eres más que un ladronzuelo de ciudad. Deberías conocer algo más de animales... y de serpientes.



Pero...





Cerré los ojos. Estaba cansado y agradecido a los dioses y por mi mente adormecida cruzaban imágenes de sol y de caballos. Oí al pájaro que alzaba vuelo otra vez. O tal vez entonces ya estaba dormido otra vez y sólo lo soñé.



Fin